Rita, la española

7

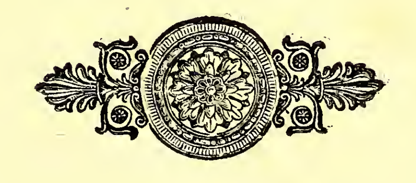
RITA LA ESPAÑOLA.

DRAMA EN CUATRO ACTOS,

TRADUCIDO DEL FRANCES

POR

DON GERONIMO DE LA ESCOSURA.



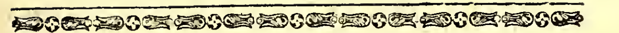
MADRID:
IMPRENTA DE D. I. BOIX.

1839.

PERSONAS.

UN DESCONOCIDO.
RITA, *duquesa de S. Felice.*
LA CONDESA DE VAUDRAY.
JULIO DE VAUDRAY, *su hijo.*
PEREZ, *mayordomo de la duquesa.*
EL MARQUES DE SANNOIS.
EL VIZCONDE DURANTAL.
EL CABALLERO SEVIGNE.
FRANCISCA, *labradora.*
ANTONIO, *criado de la duquesa.*
DAMAS, CABALLEROS, PAISANOS, SIRVIENTES.

La accion se verifica al principio de la Regencia; el primero y cuarto acto pasan en Versalles; el segundo y tercero en Bretaña.



ACTO PRIMERO.

LOS LIBERTINOS.

La escena pasa en Versalles en casa de la duquesa. Una sala. En el proscenio, á la derecha del público, un tocador. En el fondo tres puertas que dan á unos salones magníficamente iluminados. Otras dos puertas laterales en los primeros bastidores; la de la derecha conduce al gabinete de la duquesa, y por la izquierda se entra de la parte de afuera.

ESCENA PRIMERA.

RITA, PEREZ, UNA DONCELLA, CRIADOS.

Rita está sentada delante de un espejo, y la doncella á su lado acabando de vestirla. Perez está en el fondo rodeado de sirvientes dándoles sus órdenes.

PEREZ. (*A los sirvientes.*) Cuidado con olvidar nada de lo que os he dicho... Para las diez el baile... Que á las nueve esten ya los salones encendidos... preparareis tambien las mesas de juego.. Antonio, á tí te encargo la iluminacion de los jardines.

ANT. Estoy, señor Perez; sereis servido. (*Vanse todos por diferentes partes.*)

RIT. (*A su doncella, mirándose á un espejo muy complacida.*) Bien; estoy contenta... Déjame. (*Vase la doncella.*)

ESCENA II.

RITA, PEREZ.

RIT. Llégate acá, mi buen Perez, acércate... No te parece que daré golpe? Al ver mi hermosura, no se morirán de rabia y de envidia todas las señoras principales que he convidado á esta fiesta?

PER. Me habiais prometido, señora, no volver mas...

RIT. A ser coqueta... es cierto... pero, qué quieres? soy muger, y por mas que hago no puedo dejar de serlo .. la fuerza del natural... Oh! pero yo me enmendaré; te lo juro... Tú, que tienes licencia para decirme todo cuanto te se antoje, y á cuyas palabras doy siempre crédito; tú mismo me has dicho cuán dispuestas estaban las gentes en esta corte de Versalles, adonde me ha arrastrado mi destino, á censurar mi conducta y calumniarme... Sin haber hecho mal á nadie, tengo enemigos, muchos enemigos.

PER. Sin duda; todos aquellos que no han podido alcanzar de vos sino una simple amistad, y todas aquellas que se vieron desdeñadas de sus adoradores, desde que aparecisteis en la corte... Estas señoras no os perdonan el haberlas arrebatado tantos obsequios y rendimientos.

RIT. Y aquellos señores no me perdonan tampoco el haber sido con ellos mas cruel que todas esas señoras... Sí; Rita la Española ha visto á sus pies á la nata de la nobleza, á los vástagos degenerados de las familias de Francia mas antiguas, que hacen mas vanidad de una conquista amorosa que de contribuir con su valor al logro de una victoria, y

que entre sus títulos cuentan por el mas glorioso el de...

PER. Libertinos, que para nosotros los españoles es mas bien un título de oprobio que no de gloria; pero para los cortesanos de S. A. el señor regente, un libertino es la quinta esencia de la caballeria antigua; es el hombre elegante y lleno de gracias por escelencia: el Adonis de las damas, al cual no se resiste ni aun la mas virtuosa; en fin, es el conde de Nocé y el duque de Richelieu joven...

RIT. Pues bien; yo los he visto á todos ellos solicitar, mendigar una mirada mia... Yo he oido hasta á ese Richelieu mismo, tan brillante, jurar á mis pies que me adoraba; que de una palabra de mi boca iba a depender su muerte ó su vida!... Sí, su muerte; que es lo que dicen todos. Sin embargo, jamas los he creido, y á pesar de eso ninguno se ha muerto, que todos estan vivos.

PER. Viven perfectamente y procurando sacarle el jugo á la vida... pero os detestan.

RIT. Miserables!... Qué venganza tan ruin y tan cobarde!... Cómo han tratado de infamarme, porque me he resistido á ser su querida!... Viuda á la edad de veinte años, lloraba, como era justo, al hombre generoso, á quien era deudora de un nombre ilustre, acompañado de grandes riquezas... pues hasta las lágrimas que derramaba sobre la tumba de un anciano calumniaron. Despues, cuando la sonrisa volvió á aparecer en mis labios, cuando enmedio de la embriaguez de los festines, y proclamada por ellos como la mas hermosa, dejé entrever en mi semblante, yo, pobre muger, cierto aire de satisfaccion, de orgullo tal vez, me hicieron un crimen de mi alegria, como me le habian hecho de mi dolor. Persistí desdeñando sus obsequios, y atribuyeron esta fortaleza de alma á alguna intriga secreta. Ah! al pensar en las calumnias que me levantaron, la cólera me ahoga. Tranquila siempre en la apariencia, siempre risueña cuando me venian á repetir su amor y sus terne-

zas, jamas les he dado á entender la indignacion con que los miraba en el fondo de mi alma... Pero solo contigo, Perez, contigo solo no me quiero violentar; y aun cuando quisiese ocultarte lo que pasa en mi interior, no lo adivinarias por ventura?... Pues bien! Bajo estas ricas galas, la sien coronada de flores, y en el momento mismo en que voy á presidir un festin, cuando pienso en esta vida. al parecer brillante, y en lo miserable que me han hecho con su perfidia, sufro de una manera... se me vienen las lágrimas á los ojos... Ah! infames! infames!

PER. Ama mia querida, conteneos... Reflexionad que alguno de esos grandes señores, de esos libertinos, podria sorprenderos.

RIT. Ya no lloro mas, Perez.

PER. Mas si vuestro criado os merece alguna consideracion; si he cumplido religiosamente el juramento que hice en el último trance de su vida á mi pobre muger, á vuestra fiel nodriza, de dedicaros hasta el postrer aliento el resto de mis dias; si creeis que mi corazon rebienta de cólera de recordar solo á vuestros enemigos... Señora duquesa, huid para siempre de esta odiosa mansion... que esta fiesta sea la última.

RIT. Sí, pronto partiremos.

PER. Para España?... Volveré á ver á mi patria!

RIT. Aun no; pero dejaré á Versalles... iré á pasar el verano á la Bretaña, en mi quinta de Kervan... Es preciso... ciertos asuntos que arreglar... la sucesion de mi marido; despues nos volveremos á Madrid!

PER. Por fin!

RIT. Pero hoy... hoy la duquesa de San Felice se despedirá con toda dignidad de la corte de Versalles... No supondrán que se retira disgustada y abatida, que huye temblando de las perfidias de los enemigos... La verán partir triunfante y llena de esplendor, objeto de envidia y no de compasion... Sí, Perez, yo quiero que este baile sea por mucho tiem-

po despues de mi partida, el asunto de la conversacion en todas las tertulias; que borre hasta la memoria de los que le han precedido. (*Música.*) Ah! ya se van llenando los salones.

PER. Sí... el señor vizconde Durantal, el caballero de Servîgné.

RIT. Te dejo, amigo... necesito tener mas calma y mas sosiego... para recibirlos... Vuelvo al instante. *(Vase por la puerta pequeña de la derecha del público, que está en los primeros bastidores.)*

ESCENA III.

PEREZ, DURANTAL, SERVIGNE, CABALLEROS.

Aparecen en el fondo en los salones vàrios caballeros jóvenes, entre los cuales estan Durantal y Servigné.

DUR. *(Entrando en la escena.)* Por mi vida, caballero, que es una funcion verdaderamente regia la que hoy nos da nuestra bella duquesa.

SERV. Y qué genio es el que ha presidido á todas estas maravillas?

PER. El genio... soy yo.

DUR. Ah! Perez!... el bueno, el honrado Perez; el compañero inseparable de nuestra divina española, su mayordomo, su amigo, su *fac totum*... hombre universal, en cuya cabeza se encierran mas saber y mas conocimientos, que tenemos de nobleza todos nosotros en nuestros cuarteles... Os le recomiendo, señores, como un médico habilísimo, como un químico, cuyo talento se estiende hasta la mágia... sorprendile un dia por casualidad enmedio de sus alambiques y de sus hornillos; me pareció sublime!... Por esto goza toda la confianza de la duquesa... Tened, pues, entendido, que puede hacer á su antojo filtros para rejuvenecer... para infundir amor... qué se yo? los tiene de todas especies...

Asi, Dios me libre de indisponerme jamas con él... un hechicero!

PER. Y habeis concluido, mi señor?

DUR. No, seguramente... Perez, tú puedes contar con que tienes en mí un verdadero amigo; y cuando se muera mi tio el comendador, te recibiré en mi servicio, al menos que al viejo pecador no se le antoje desheredarme... ó llevarse la hacienda consigo al infierno.

PER. Siempre os quedaria la esperanza de iros á juntar allí con él.

DUR. Cómo! qué decis? juntarme con él...

SERV. En el infierno... Ah! ah! ah! mi querido vizconde, me parece que te estoy viendo caminar hacia allá.

DUR. Ah! ah! ah! mi pobre caballero! ya se me figura que te vienes conmigo en buen amor y compaña.

SERV. Asi, como me veo ya condenado en perspectiva, empiezo por gozar en vida todas las delicias del paraiso.

DUR. Y como contamos entre nuestros mas dulces momentos, aquellos en que nos venimos á condenar ante tu lindísima señora, despáchate á anunciarnos.

PER. (*Poniéndose delante de la puerta por donde acaba de irse Rita.*) No puede ser, es inutil.

DUR. Inutil!

TODOS. Inutil!

DUR. Y de cuándo acá la adorada duquesa, no está visible para nosotros?

PER. Lo mismo que para los demas, mis nobles señores.

SERV. El buen Perez quiere tambien meterse á gracioso?

PER. Muy rara vez, y hoy justamente estoy muy formal.

DUR. Haces muy bien en no chancearte con personas de nuestra clase.

PER. (*Meneando la cabeza con cierto aire de ironia.*) y Dios me librára, mis señores!

SERV. Pues bien; acreditalo anunciándonos.

PER. No.

SERV. Otra vez la misma respuesta?

PER. Sí.

DUR. Yo te aconsejo que obedezcas.

PER. Oh! en cuanto á eso no puede ser.

DUR. Miserable!... En cualquiera otra parte que no fuese en casa de la duquesa, esas espaldas de molinero hubieran ya probado á que sabe el plano de mi espada.

PER. (*Con frialdad.*) Tranquilizaos, señorito, y procucurad grabar en la memoria lo que os voy á decir... Acabais de mofaros en este mismo instante de mis conocimientos y de mis operaciones en la química, y con razon... porque si el viejo Perez tuvo la manía... y quién no tiene alguna à los sesenta años? de pasar una ó dos horas de cuando en cuando en su laboratorio; si halla en él una ocupacion que le distraiga y le entretenga; sabe bien que á su edad no hay ya bastante tiempo para instruirse, y no tiene la pretension de aspirar á ser un sabio, ni un hechicero! Pero antes que se dedicase á este apacible estudio, antes de haber entrado á servir á la señora Duquesa, Perez habia sido soldado, y le ha quedado aun de esta profesion algo mas que la memoria de ella... le ha quedado lo que vale mas para defenderse y vengarse que todos los filtros de este mundo; un mosquete, una espada y un puñal. (*Movimiento en los caballeros.*) Habia yo acompañado á mi ama á Nápoles, hace algunos años, cuando una tarde un caballero italiano que iba á caballo al mismo tiempo que yo por una calle desierta, cometió la imprudencia, ya no me acuerdo con que motivo, de darme con el látigo.

DUR. (*Con ironia.*) Y qué sucedió, señor Perez?

PER. Nada, señor vizconde; que allí le dejé muerto!

DUR. (*Aparte.*) Este español es una fiera!

ESCENA IV.

Los mismos, SANNOIS.

SAN. (*Que ha aparecido en el fondo y oido las últimas palabras de Perez.*) Bien... muy bien, amigo Perez, tú eres el modelo de la adhesion y de la fidelidad!

PER. Muchas gracias... (*Aparte.*) Ah, con todos tus cumplimientos, te detesto mas que á los otros.

SAN. (*Con ligereza.*) Con que nosotros hemos de ser siempre incorregibles?

DUR. Incorregibles!

SAN. Al pie de la letra... quereis que os diga, galantes caballeros, que es lo que venis á hacer aqui antes de la hora del baile?... pues venís á quemar incienso á los pies del ídolo del dia... Es posible, mis buenos amigos, que querais perder el poco juicio que os queda?... Me direis que el que os predica hoy prudencia era ayer tan loco como vosotros... enhorabuena! Pero ahora gracias al cielo, he tomado mi partido; y si cuento una conquista de menos, en cambio cuento una amiga de mas... siempre salgo ganancioso.

PER. Yo no sé, señor marques, si hablais de buena fé... me alegraria que asi fuese; pero... pero no lo creo... Hasta la vista nobles caballeros. (*Vase por la puerta de la izquierda del público.*)

ESCENA V.

Los mismos, menos PEREZ.

SAN. Insolente!

DUR. Qué tal la indirectilla, marqués?

SAN. Vosotros teneis la culpa tambien... por qué diablos

vais á atacar, como pudiera hacerlo un novicio, á ese viejo rústico, modelo de la fidelidad... bestial?

SER. Pues no nos vienes ahora regañando, despues que has tenido valor para desertarte y abandonar nuestra causa?

DUR. Y para declararte el campeon de una coqueta?...

SAN. Yo, su campeon! ah! ah! ah! pobres caballeros! os perdono la sospecha. Vuestro talento no está á la altura del mio, y sois incapaces de adivinar mis vastos proyectos.

DUR. Cómo tus vastos proyectos?

SAN. Oid... escuchad, y prosternaos ante vuestro amo y señor. Esa coqueta, esa española soberbia, indomable, la aborrezco yo solo mas que todos vosotros juntos; y por lo que toca á mí, cuyos obsequios ha desdeñado con la mayor insolencia... sí, no lo niego, me ha desahuciado desde mi primera declaracion, formal, definitivamente, en los términos mas lindos y mas irónicos, de modo que me quitó hasta la tentacion de volverla á hablar de amor en mi vida. Asi, á trueque de verla caer en un lazo, en alguna de nuestras infernales estratagemas, daría muy gustoso lo que mas amo en este mundo, mi hermoso caballo inglés, y mi linda danzarina. Ah! señora duquesa! Vos sois de marmol para los alhagos de la seducion! y os llegareis á figurar que vuestras víctimas heridas en la parte mas delicada de su amor propio, en su opinion de afortunados para con las damas, os habrán de dejar que permanezcais virtuosa, irrepensible, y todo esto en la corte del regente?... que error! lo que conseguireis únicamente será que vuestra caida sea mas estrepitosa que las demas... Y asi será, porque asi lo quiero yo; porque el proyecto que ha de causar vuestra perdicion se ha meditado profundamente y se ha madurado en esta cabeza, en la cabeza de vuestro mas mortal enemigo.

DUR. Callate... que alguno se acerca.

SAN. Si; es Julio de Vandray. En cuanto á este, desde ahora le declaro incurable. Tiene una adoracion

por nuestra bella inhumana, unos sentimientos que honrarían al habitante de París mas crédulo... mas bestial.

DUR. Silencio, pues! que ya se acerca.

(*Julio aparece en el fondo adelantándose lenta y tristemente.*)

ESCENA VI.

Los mismos. JULIO.

SAN. (*Con tono desembarazado.*) Se saluda al caballero Julio de Vaudray!...

JUL. (*Presentándole la mano maquinalmente.*) Buenos dias, marqués de Saunois... Señores!

SAN. Si mal no me engaño, sois esta noche de los nuestros... me parece haber oido á nuestra amable duquesa pronunciar vuestro nombre.

JUL. Hé aqui el billete de convite.

SAN. Y por supuesto que no dejareis de asistir?

JUL. No lo sé...

SAN. (*Admirado.*) No lo sabeis?...

JUL. Acaso estoy viendo esta casa por la última vez.

SAN. Aqui tenemos otro!... Tendrá la volùntad de la duquesa alguna parte esa resolucion?

JUL. No... Rita me vé sin repugnancia, como sin interés.

SAN. Entonces, por qué huis de ella?

JUL. (*Con dolor.*) Por qué? porque.... para un amor como el mio la indiferencia es aun mil veces mas cruel que el aborrecimiento.

SAN. (*Aparte á sus amigos.*) Qué os decía yo?, Pobre caballero.... incurable! (*Alto.*) Vamos, amigo mio, eso es desesperar demasiado pronto... Quién sabe? acaso vais á abandonar la batalla en el momento mismo de obtener victoria... las mujeres son tan caprichosas... vuestra inexorable tal vez está en vísperas de ser humana con vos .. En fin, puede ser...

JUL. Bien, señor marqués, acabad... qué quereis decir?

SAN. Yo, asi por principio, como por reflexion, creo muy poco en la virtud de las mujeres. En lo que yo comprendo, su reputacion depende ùnicamente de la mayor ó menor discrecion de sus adoradores... llega hasta tal punto, que en viendo á un mosquetero de guardia á la puerta del regente, ó á un gran señor en la cámara al tiempo de levantarse, se podría decir muy bien, sin hacerla gran ofensa, hé aqui tal vez á la señora marquesa que monta la guardia; ó bien á la señora baronesa que hace la reverencia á S. A. R.

JUL. Basta, señor de Sannois, basta. semejante lenguaje...

SAN. Es el que os hablarán aqui todos, lo mismo que yo; y si estuviese en mi lugar para aconsejaros vuestro hermano mayor, el brillante Enrique de Vandray...

JUL. Enrique! mi hermano... que memoria me habeis recordado!... y en qué momento!

SAN. Es un caballero noble y esforzado, que cada uno de nosotros debe gloriarse de escoger por modelo... No es verdad, señores?.. No se hubiera él dejado caer en los dorados brazos de nuestra linda española.. Caballero completo, con una lábia seductora, irresistible. . en fin, digno discípulo de Richelieu, empezaba ya á igualar, á aventajarse al maestro; veia aumentarse diariamente el catálogo de sus conquistas, cuando no sé que fatal destino le alejó de nosotros, y de la Francia.

JUL. Decid mas bien, señor, que algun angel tutelar, celoso del honor de nuestra familia, le ha hecho avergonzarse de repente de sí mismo, de su ociosa juventud; prefirió entonces á las delicias de la corte el océano y sus tempestades; el puente de una fragata al gabinete de una dama, y al miserable gusto de engañar á una muger, el de conducir hombres á la victoria... Ah! entonces era, señores, cuando se podia hacer vanidad de elegirle por modelo! Y yo: que tanto le queria, yo que habia jurado con él, mútuamente, que nuestra existencia

sería siempre una misma, siempre inseparable... cuando quise seguirle, las lágrimas de mi madre me detuvieron... temblaba al ver partir sus dos hijos á un tiempo... me desprendí de los brazos de mi hermano para quedarme al lado de ella... y despues me llegó el turno de presentarme enmedio de esta corte de Versalles, para caer, merced á los rigores de la duquesa, en esta desesperacion, en este disgusto mortal de la vida, que nada alcanza á vencer, nada, hasta la ternura de una madre, ni hasta la memoria de un hermano y la esperanza de volverle á estrechar entre mis brazos!

SAN. Pero permitidme, caballero, que os diga otra vez que ese es un delirio, una verdadera locura. Que diablos! no estamos ya en los tiempos de los Amadis... tomad mis consejos y acomodaos á los usos y costumbres del siglo... Si una coqueta os desdeña, olvidadla y vengaos de ella por medio de alguna perfidia.

JUL. Vengarme! Ah! caballero, vengarme de una mujer... y de una muger... á quien contemplo, por mas que digais, como la mas virtuosa al mismo tiempo que es la mas bella de todas... Ah! doblemos aqui la hoja, porque no podria oiros hablar por mas tiempo con esa ligereza de la duquesa de San Felice, de quien me tendría por honrado, si se dignase acerptar hoy mi nombre y mi mano.

SAN. De veras? Hasta ese punto llega? (*Aparte.*) Vamos es bueno para marido, nada mas.... hombre al agua... (*Alto.*) No insisto, ya, mi querido amigo, y como veo á vuestra tirana, que se dirige hácia esta parte?...

JUL. Rita!... (*Todos los señores hacen un movimiento.*)

SAN. Quiero, á lo menos, serviros como buen amigo, proporcionándoos que la hableis boca á boca.

JUL. Sí, hacedme el favor de dejarme, tengo precision de hablarla.

SAN. Como gusteis. Señores, el que quiera que me siga! Aun nos queda una hora antes de la primera ar-

queada... la voy á pasar en el cabaret lo mas alegremente que pueda.

(*Salen todos por el fondo Rita entra por la puerta de la derecha del público.*)

ESCENA VII.

RITA, JULIO.

JUL. Ah! de esta última entrevista vá á depender mi última esperanza!

RIT. (*Saludando con gracia.*) Sois vos, señor caballéro?... me esperais acaso?

JUL. He querido volveros á ver, señora duquesa, antes de alejarme de vos para siempre.

RIT. (*Sonriéndose.*) Para siempre!... oh! permitidme que crea que semejante proyecto...

JUL. Lo cumpliré.

RIT. Veremos...

JUL. Lo juro.

RIT. He oido pronunciar tantos juramentos, que he venido á concluir por no creer ni en uno solo.

JUL. Yo os digo, señora duquesa, que si llego á salir de esta sala, sin que una palabra de vuestra boca me restituya la esperanza y el valor... no me volvereis á ver jamas.

RIT. Y yo digo, señor caballero, que yo no doy crédito á esas palabras... que todos vuestros nobles amigos me las han dicho, afectando, como vos lo haceis ahora, la mas violenta desesperacion, y que los he vuelto á ver despues á todos... luego que se convencieron de que yo no podia, ni queria ser para ellos mas que una amiga... como os ofrezco serlo vuestra.

JUL. Si en efecto me confundis con aquellos, cuyos rendimientos habeis desdeñado hasta el dia; si no veis en mis pesares nada mas de real y verdadero que su dolor contrahecho; si me dais el título de vuestro

amigo, como se lo habeis dado á ellos... que los aborreceis y despreciais de lo intimo de vuestro corazon... entonces, señora, está todo acabado desde este momento, y nuestra última entrevista no se alargará mas... adios...

RIT. Esperad... un instante, otro instante no mas... Y si sois ingenuo, señor... porque vivo en un mundo, en que es preciso que dude de todo lo que veo, de todo lo que oigo... perdonadme de que no os haya conocido, de que os haya atormentado acaso sin querer... perdonadme; si sois ingenuo, tambien os hablo yo con franqueza. Un hombre de honor, cuando una muger le llega á declarar que no participará de su amor, debe renunciar á ella sin quejarse.

JUL. Por eso no me quejo, señora, y tengo tomada mi resolucion.

RIT. Y os marchais?

JUL. Al momento... y lo repito, por mas que esta palabra os haya hecho sonreir ahora mismo, para siempre.

RIT. Pero... vuestra madre...

JUL. Mi madre... Tampoco volverá á ver á su hijo.

RIT. Ah! señor... no teneis derecho para abandonarla... pensad que vos sois lo único que le resta; que vuestro hermano está lejos de ella; que cada dia espone su vida, y que la vuestra á lo menos pertenece á vuestra madre.

JUL. Ah! por piedad! no invoqueis mas ese nombre, que me infundiria pusilanimidad y flaqueza cuando tanto valor necesito. Mi madre! Y tú, querido Enrique, mi idolatrado hermano... tú no me encontrarás ya en Versalles para abrazarme á tu vuelta, para partir conmigo tu dicha y tu gloria. No, señora, no; esta mansion, demasiado llena de vuestra presencia, no puede ser ya la mia, sino me amais... si me negais el título de esposo vuestro.

RIT. Señor; aunque me aborrezcais, aunque seais tan injusto conmigo como todos los demas, no os haré concebir una esperanza que jamas estaré en dispo-

sicion de realizar... Partid, una vez que es preciso para vuestra tranquilidad en la cual me intereso; pero fijad un término á vuestro destierro, ó mas bien no recibo todavia vuestro adios; pensad en que cuento volveros á ver esta noche en mi baile... y entonces mas tranquilo, sin duda, reflexionando que mi resolucion es irrevocable, renunciareis á la vuestra, consentireis en ser un hermano para mí... sí, os ofrezco la amistad de una hermana.

JUL. La amistad de una hermana! (*Aparte.*) Vamos, mi resolucion es tambien irrevocable como la suya. (*Alto.*) Adios, adios, señora.

RIT. Pero, nos volveremos á ver?

JUL. Puede ser.

Ella le da la mano; él la lleva convulsivamente á los labios, ella la retira con viveza, y él sale con aire de desesperacion por la puerta del fondo.

ESCENA VIII.

RITA *sola, siguiendo con la vista al caballero que se aleja.*

Pobre joven! no me esperaba á la verdad aquella profunda tristeza..: aquella desesperacion..: vamos; despues de las serias reflexiones que acababa de hacer con Perez, no me faltaba mas que el despecho del caballero de Vaudray para aguar todo el placer que me prometia sacar del baile.

ESCENA IX.

RITA, PEREZ.

PER. (*Entrando por la puerta de la izquierda.*) La se-

ñora condesa de Vaudray está ahi en el recibimiento...

RIT. Ah! su madre!

PER. Y solicita con la mayor instancia hablar á la señora duquesa.

RIT. (*Agitada.*) La condesa de Vaudray! pero si apenas la conozco!... qué cosa tan urgente puede tener que decirme, que la obliga á verme en este momento, cuando tantas gentes me esperan?

PER. Eso mismo la he dicho yo... pero me ha contestado conjurándome á que os lo anunciase, y con las lágrimas en los ojos.

RIT. Tú me haces temblar... dile que entre al instante, al instante, Perez.

PER. (*Va hácia la puerta de la izquierda del público, hace una seña hacia afuera y anuncia la señora condesa de Vaudray.*)

Entra la condesa pálida y agitada. Rita hace seña á Perez, que se va despues de haber puesto dos sillones cerca del tocador de Rita.

ESCENA X.

RITA, LA CONDESA, *despues* PEREZ.

COND. (*Queriendo echarse á los pies de Rita*) Ah! señora... en el nombre del cielo salvad á mi hijo, salvad e!

RIT. Cómo! Qué quereis decir? Salvarle?... Qué riesgo le amenaza? y qué puedo hacer yo para preservarle de él?

COND. Perdonad, señora duquesa... la conmocion que esperimento... mis sustos y temores... anunciarme en vuestra casa á estas horas, cuando en vuestros salones está todo preparado para una funcion, venir á aguar vuestro placer con el aspecto de mi dolor... Ah! es muy mal hecho, sin duda; grande inconsideracion a la verdad! Y yo no creeria

hallar gracia ante vos, sino me disculpase con una palabra, una sola... soy madre!

RIT. Oh! vos no teneis necesidad de disculparos, señora... yo me tendré por muy dichosa en poder enjugar vuestras lágrimas, disipar vuestros temores... hablad; qué quereis de mí?

COND. Señora... vengo toda temblando á renovaros una súplica que mi hijo os ha hecho varias veces, y que no ha obtenido contestacion. Nuestra famila es una de las mas nobles y mas antiguas de Francia; nuestras rentas creo que son iguales á las vuestras... Señora duquesa... Rita; quereis ser mi hija? quereis ser la esposa del caballero de Vaudray?... Oh! yo os lo suplico, le va la vida en ello, tal véz...

RIT. La vida!

COND. Oh! si hubieseis sido testigo de su agitacion como lo he sido yo, habrá una hora, estariais tan aterrorizada como yo lo estoy. Sus ojos fijos parecia que temian encontrarse con los mios... y despues el beso que me dió... Ah! he creido que era el último!

RIT. Tranquilizaos... bien pronto le tendreis en vuestros brazos... en este instante me acaba de hablar de un viaje, de la necesidad que tiene de dejar á Versalles... pero hasta esta noche no se despedirá de mí... está aqui.

COND. (*Con alegría.*) Ah! está aqui!

RIT. Le vais á ver. (*Corre á la mesa y toca la campanilla. Entra Perez. Continua.*) Escucha Perez... sin afectacion, con mucho disimulo, como que no haces nada... busca por los salones al señor de Vaudray, y ruégale de mi parte que te siga hasta aqui... anda, ves. (*Vase Perez por el fondo.*)

COND. El cielo os bendiga, señora, que asi habeis penetrado el terror de una madre!... qué parece que participais de él!... Ah! ahora espero para mi hijo... no seais, señora, generosa y compasiva á medias... él os ama... os ama apasionadamente, con delirio!.. Depositó en mi seno este secreto

anegado en llanto... Hijo mio!.. Mi pobre Julio...
Le salvareis, no es verdad? Le salvareis?

RIT. (*Haciéndola sentar á su lado.*) Tened la bondad de oirme, señora condesa. Hace dos años que soy viuda del duque de San Felice... me habian preceptuado que me desposase con él... Obedecí temblando, á pesar de que veia ya en perspectiva los disgustos y amarguras que me esperaban... y sin embargo, decir que aquel anciano no fuese para mí bueno y generoso, seria insultar su memoria y calumniarle... En todo el tiempo que duró nuestra union, no hubo género de atencion, de delicadeza, de tiernos y cariñosos cuidados, de que no me viese rodeada... mis deseos, fuesen cuales fuesen, eran tan pronto adivinados como concebidos... En fin, yo no era ya una huérfana; habia vuelto á encontrar el mas indulgente, el mejor de todos los padres... (*Tristemente.*) asi fui feliz... feliz, como lo puede ser á los veinte años una española de pensamientos altivos, novelescos!.. Quedé libre.. Oh! entonces juré realizar los sueños que ocupaban mi imaginacion á todas horas; juré de conservarme para aquel, á quién estaba predestinada á amar, por pobre y oscuro que fuese... ó si el cielo no me otorgase esta gracia, morir duquesa viuda de San Felice!

COND. Y no amais á mi pobre Julio! él, qué tan digno de ser amado!

RIT. (*Con altaneria.*) Ni á él, ni á nadie, señora condesa..

COND. Pero vuestro criado tarda mucho en dar la vuelta, y mi pobre hijo!.. yo no le veo!...

RIT. En efecto.. Vamos, sosegaos... dentro de un instante sin duda...

COND. Que me sosiegue! Y ahora tal vez... Hijo desventurado! habré de verle espirar lentamente ante mi ojos? ó lo que sería mas doloroso aun, librarse por medio de un crimen de los tormentos que le devoran?...

RIT. Dios y el recuerdo de su madre le apartarán de semejante pensamiento.

COND. Dios me ha preservado ya por dos veces de este acerbo dolor!

RIT. (*Mirándola con asombro.*) Qué decis?

COND. Lo que hubiera querido ocultar al mundo entero..., lo que yo misma quisiera olvidar...

RIT. Acabad!

COND. Sabed, pues, que yo, su madre, he visto ya por dos veces á la muerte amenazando aquella frente querida, que en tantas ocasiones habia cubierto de besos... que por dos veces mis trémulas manos han arrancado de las suyas el arma fatal!...

RIT. (*Espantada.*) Ah!

COND. Desde aquel momento no hubo ya para mí un instante de felicidad ni de reposo... sino una vida llena de padecimientos y sobresaltos... por el dia cuando se aleja de mí, ó que su ausencia se prolonga, presentimientos horrorosos se apoderan de mi alma... su sueño me parece inquieto y agitado, me asaltan nuevos temores, y la noche entera me encuentra á la cabecera de su cama, y temiendo cuando se despierta... Ah! es morir mil veces á todas horas!

RIT. (*Llorando.*) Señora, yo os conjuro á que volvais en vos; esa alteracion, esa agitacion...

COND. Amo tanto á mi Julio! Rita, si es tiempo aun, revocareis dos sentencias de muerte; porque si le llegase á perder no podria sobrevivirle.

(*Aqui hasta el fin de la escena se oye tocar con sordina la música del baile.*)

RIT. Y quereis que con una sola palabra desvanezca todas mis ilusiones, todos mis sueños de felicidad y de ventura!

COND. Sí, quiero... quiero que salveis á mi hijo!... mirad... miradme á vuestros pies!... levantándoos mis manos humildes y suplicantes!.. gracia!... gracia por mi hijo!

RIT. Vos á mis pies! ah! levantaos, señora condesa... levantaos... madre mia! levantaos!

COND. Ah! Rita!... hija mia!... mi idolatrada hija! (*Se abrazan, y la condesa da mil besos á Rita. Perez entra por el fondo.*)

ESCENA XI.

Las mismas. PEREZ, *y casi al mismo tiempo* SANNOIS, DURANTAL, SERVIGUE, *y todos los convidados.*

RIT. (*Corriendo hácia Perez.*) Y bien, Perez, qué hay?...
PER. El señor caballero de Vaudray no está en la casa.
COND. (*Haciendo una exclamacion.*) Gran Dios!...
RIT. Es posible que deje de estar aqui!... voy yo misma... (*Abrense las puertas del fondo: las gentes, Sannois, Durantal y Servigué á la cabeza entran por todas partes.*)
RIT. (*Yendo hácia Sannois.*) Y Julio de Vaudray? Decid, señor marqués, habeis visto á Julio de Vaudray?
SAN. Antes del baile, sí, señora duquesa... pero si le hemos de creer, ya ha partido.
COND. *y* RIT. Partido!
SAN. Al separarse de nosotros, señora, nos dijo que iba á subir en la silla de posta.
COND. Partido!

ESCENA XII.

Los mis mismos. ANTONIO *que saluda y entrega una carta á* RITA.

RIT. De quién es esta carta?
ANT. Del señor caballero de Vaudray.
COND Ah! de mi hijo... leed, señora, os lo suplico, leed. (*Vase Antonio.*)

RIT. (*Leyendo.*) "Me habeis ofrecido, Rita, la amistad de una hermana. Os doy gracias por vuestra compasion... mas yo lo conozco; jamas me podré resolver á amaros como un hermano. Os he dicho que jamas os volvería á ver, señora duquesa... Sin embargo ahora deseo veros otra vez aun, la última... sí, al momento, á las doce de la noche... dignaos abrir la ventana del salon que cae al parque, mirad desde allí... y mis ojos podrán fijarse sobre los vuestros por la última vez." (*Rita abre la ventana con precipitacion, la condesa va aprisa con ella*)

RIT. Ah! allí está...

COND. Mi hijo! puede vivir!... Puede aun ser feliz!... (*Oyese de la parte de afuera un pistoletazo grito general la condesa se desmaya.*)

RIT. (*Sosteniéndola.*) Madre desventurada!

SAN. (*En el proscenio á los jóvenes*) Pobre loco! he aqui, no obstante, hasta donde le ha llevado su amor por la coqueta española.... señores, á nosotros nos toca la venganza.

(*Durante la conclusion de esta escena un relox colocado en el fondo del salon dá las doce. Cae el telon.*)

FIN DEL PRIMER ACTO.



ACTO SEGUNDO.

EL SOLITARIO.

La escena pasa en Bretaña, en la quinta de Keryan. El teatro representa una parte del parque contiguo á la casa: una reja en el fondo á la derecha del público, en el proscenio; una ala del edificio con una escalera esterior que desciende al parque: á la izquierda la pared de la cerca del parque y una puerta pequeña; á lo lejos, por detras de la reja del fondo, vista de rocas ó peñascos.

ESCENA PRIMERA.

SANNOIS, *solo*; *despues* UN CRIADO.

SAN. (*Mirando hácia todas partes para asegurarse de que no le han seguido.*) Las seis!... todo duerme en la quinta... la duquesa y sus gentes estan descansando.. á escepcion acaso del viejo Perez... Puede venir de un momento á otro á observarme, á sorprenderme, como acostumbra... Despachémonos.. (*Escribe algunas palabras con un lapiz y habla al mismo tiempo.*) Esto és... es esto.. (*Levantándose.*) Bien tarda en venir el hombre que estoy es-

perando... estoy tan impaciente!... En el año que ha transcurrido desde que la noble duquesa dejó á Versalles para venirse á meter en esta quinta del interior de la Bretaña; cuánta perseverancia no he necesitado, cuánta tenacidad en mi proyecto!... Primero renuncié tambien yo á la mansion de la corte á mi bulliciosa y agradable vida de cortesano; me sepulté en un casaron antiguo que está enfrente de la habitacion de mi bella enemiga, y todos los dias, mostrándome cada vez mas arrepentido de mis antiguos yerros, de mi antigua audacia, volviéndome cuerdo y casi devoto, continuando en no pedir, en no ambicionar mas que el título de amigo suyo, he llegado á conseguir que me reciba diariamente como á vecino, como un hombre sin consecuencia, y heme aqui en el campo enemigo seguro casi de mi victoria... Hoy, hoy mismo espero... (*En este momento dan tres golpes por la parte de afuera en la pequeña puerta de la izquierda.*) Ah! Por fin! (*Corre hácia ella y abre con precaucion: aparece un criado envuelto en una capa.*)

CRIAD. Y bien, señor marques?

SAN. (*Entregándole lo que acaba de escribir.*) Este billete á tu amo... (*Inclinase el criado y vase. Sannois vuelve á cerrar la puerta; pero Perez que acaba de aparecer en lo alto de la escalera, lo ha visto todo; Sannois al volverse percibe á Perez y dice aparte.*) Lo ha visto! Maldito espion! (*Turbado por un instante, vuelve sobre sí á su tono desembarazado.*)

ESCENA II.

SANNOIS, PEREZ.

PER. El señor marques madruga mucho, segun veo.

SAN. Sí, querido Perez, es una cosa muy buena respi-

rar el aire puro que viene de estas montañas... La quietud, el verdor, el canto de los pajarillos... todo esto despeja mis potencias y me dulcifica la sangre... A la verdad, que yo habia nacido para la vida campestre... tú te sonries, Perez?

PER. El señor marques se equivoca, que yo no me sonrio de ninguna manera.

SAN. Péro tú mismo, no estas ya levantado?

PER. Ah! yo es muy diferente... si salto temprano de la cama, no es seguramente para admirar la naturaleza... es por deber, y tambien por un poco de costumbre... me gusta mucho saber todo cuanto pasa á mi alrededor, examinarlo todo... (*recalcando*) ver cosa por cosa.

SAN. Oh! lo sé muy bien; nada te se escapa, ni aun las cosas mas insignificantes... pero no te lo censuro... sé que velas por tu señora, y aunque ejerzas tambien sobre mí tu vigilancia, te la perdono... la apruebo... todo por la duquesa, nada por los demas, ni aun por mí... tú tienes razon.

PER. Sí, señor marques, creo que la tengo.

SAN. Ya me habrás visto hablar con uno de mis fámulos, que he enviado al pueblo?

PER. Al pueblo? (*Señalando la puerta pequeña.*) Por alli? Tendrá media legua mas que andar... me parecia á mí mas natural que hubiese salido por la reja...

SAN. Sin duda, Perez... pero tengo mis motivos para desear que no sepan todos... Es un mensage importante y secreto... te lo confio á tí, porque conozco tu discrecion.

PER. Ah! no os pido yo que me dispenseis esa confianza.

SAN. Qué importa! yo te quiero hablar con franqueza.

PER. (*Aparte.*) Va á mentir.

SAN. Doy gracias á la casualidad que te ha traido aqui primero que á nadie... porque es preciso que me ayudes, Perez... Tu bella é incomparable señora persiste en no abandonar la soledad absoluta y melancólica, en que vive sepultada... yo esperaba que mi amistad sincera la haria cambiar de resolucion,

y por eso he venido. . pero mi amistad nada puede... tú, tú alcanzarás mas. Vámonos, pues, por su bien... aconséjala que se distraiga, que permanezca aqui en esta quinta enhorabuena, puesto que tal es su voluntad... pero á lo menos que consienta en que se le haga mas grato y ameno su retiro. Mira, el primer paso está ya dado... la tengo ya reducida, no sin dificultad, como tú sabes, á dar conmigo esta mañana una pequeña vuelta por estas cercanias... es preciso, mi querido Perez, que tú me auxilies para que esta distraccion no sea la última... Bueno seria por cierto que tan linda flor se marchitase por falta de ambiente y ventilacion! Puedo contar contigo?

PER. Lo mismo absolutamente que yo cuento con vos, señor marques.

SAN. Ah! está bien... te doy las gracias... Pero estoy viendo á la duquesa en aquella alameda, y voy corriendo á rendirla mi homenage... Mi buen Perez, hasta la vista... seras reservado, no es esto?... No dirás nada?

PER. Nada.

(*Vase Sannois por el fondo, á la derecha del público.*)

ESCENA III.

PEREZ.

PER. Ciertamente que no diré nada del secreto que me ha confiado, porque el diablo me lleve si he entendido una sola palabra de todo cuanto ha charlado. (*Llaman á la reja del fondo.*) Quién está ahi?

FRANC. (*Desde fuera.*) Soy yo; Francisca... ábrame vd. señor Perez.

PER. Es nuestra aldeanita. (*Va á abrir: al sonido de la campana sale Antonio del pavellon.*)

ESCENA IV.

PEREZ, FRANCISCA, *con un canastillo en el brazo*

FRANC. Sí, señor Perez, yo soy, que vengo, como todos los dias, á traer leche y huevos frescos.

PER. (*Como regañándola.*) Mucho te has tardado hoy.

FRANC. No os enojeis, señor Perez, no ha sido la culpa mia. Tomad, llevaos esto, señor Antonio.

(*Antonio entra en el pavellon con el canastillo de Francisca*)

PER. Por poco haces esperar á mi señora; y sino hubiera tenido esta mañana su desayuno ordinario á tiempo, buena la hubieras tenido conmigo.

FRANC. Ya os he dicho que no es culpa mia, sino que he venido por el camino real.

PER. Hola!... Y por qué has escogido el camino mas largo?

FRANC. Por no pasar junto á la torre vieja... pues...

PER. (*Con impaciencia.*) Pero, por qué?

FRANC. (*Con aire misterioso.*) Porque en la torre vieja hay un solitario joven.

PER. (*Con frialdad.*) Ah! sí, asi dicen... y te da miedo?

FRANC. A mí, no... pero sí á mi marido, y eso justamente porque no tiene nada de espantoso... tan al contrario, que mi marido nota que llego mas pronto cuando voy por el camino mas largo... Ahi está, señor Perez... decid, pues, yo le he visto.

PER. A quién?

FRANC. Buena pregunta!... al solitario... es muy gallardo, tened... y despues está tan triste, que al golpe se interesa una por él... los maridos dicen que es viejo y feo... embusterias... las mugeres dicen lo contrario, y las mugeres entendemos eso mucho mejor que los hombres... Ah! por vida mia que ya se puede alabar de que todo el mundo habla de él... De algun tiempo á esta parte, desde que se encer-

ró en aquella torre vieja, de la cual apenas sale, todo el mundo se ocupa de él en el pais... El solitario por acá, el solitario por acullá... todos van á pasear á la torre... todas las jóvenes solteras de los alrededores le van á consultar si sus amantes les son fieles... las casadas si sus maridos han llegado á saber... en fin, todo el mundo le quisiera ver, y nadie puede adivinar quien és, ni de dónde ha venido... Decid, pues, señor Perez, que de todos modos es muy singular.

PER. El qué?

FRANC. El que un jóven tan buen mozo, tan amable...

PER. De veras?

FRANC. (*Bajando los ojos.*) Haya venido de esa manera á ocultarse entre escombros... en cuanto á mí... seguramente... nada tengo con ese jóven... no me toca nada de él ni de cerca ni de lejos... Ah! sí, mi hombre puede estar bien tranquilo... lo único que hay de cierto es, que no quisiera yo que alguna desgracia le hubiera traido á aquella menguada torre, desamparada... aunque yo tengo ya acá para mí lo que hay en esto, y apostaría... Quereis que os lo diga, señor Perez.

PER. No soy curioso.

FRANC. (*Continuando sin hacer caso.*) Es que hay alguna linda dama por el mundo, que no le ha querido, y que él del sentimiento se ha metido hermitaño... y por cierto que esa señora es bien descontentadiza... un jóven tan gallardo, que tiene un mirar tan hechicero, una voz que penetra... Que! pobre hombre!.. Si siquiera supiese una como consolarle algun tanto... será preciso que yo discurra algun medio.

PER. Y tu marido, Francisca?

FRANC. Ya me olvidaba de él, señor Perez, os agradezco que me lo hayais acordado.. estoy aqui charlando, mientras que él me espera.. Pero, procurad ver al solitario, os lo aconsejo, y yo apuesto á que os parecerá, como á mí muy galan, y muy digno de compasion.

PER. A mí me es indiferente... pero, márchate, que viene ahi mi ama.

FRANC. Sí, me voy, porque si tardo mas, creerá mi marido que me voy por el camino mas corto, y entonces se tomará conmigo ciertas manualidades que no me agradan mucho. Adios señor Perez, es decir, hasta mañana.

(En el momento en que Francisca sale, bajan por la escalera Rita y Sannois, seguidos de dos criados que se quedan en el fondo del teatro.)

ESCENA V.

SANNOIS, RITA, PEREZ.

SAN. Sí, duquesa, os lo repito, haceis muy mal en resistiros á mis ruegos... permanecer asi lejos de la corte, lejos del mundo, en un paistan remoto y apartado, casi desconocido... es una muerte anticipada y prematura, y vos a quien ofrece el porvenir tantos años de una vida brillante y dichosa, no estais aun en el caso de pensar en la muerte... Por mi honor, señora, que vais errada!.. Vuestros enemigos esparcen por ahi voces poco favorables sobre vuestra larga ausencia.

RIT. Yo descanso solo en la opinion de mis amigos.

SAN. Pues bien! vuestros amigos, á cuya cabeza tengo la vanagloria de colocarme: vuestos amigos se preguntan unos á otros, si no habeis espiado ya bastante en un año de soledad una catástrofe que no habeis podido evitar, y que al cabo es preciso poner en olvido, como socede con todas las miserías humanas... la muerte del caballero de Vaudray.

RIT. Oh! señor! que memoria tan cruel acabais de renovar en mi corazon, haciéndome volver los ojos atras á unos dias, que quisiera poder borrar de los del catálogo de mi vida! desgraciado Julio!.. Y tres dias despues la pobre condesa, su desventu-

rada madre... muerta tambien á mis ojos... de dolor madre é hijo... muertos entrambos... por mí... por mi causa!...

PER. Ama mia de mi alma; quien podrá, quien se atreverá á acusaros?... Todo el mundo sabe el generoso sacrificio! á que os habeis resignado: sin poder participar del amor de aquel desdichado insensato, cediendo á las lágrimas de su madre, os aveniais á ser su esposa... en ese cruel acontecimiento no hubo mas que desdicha, fatalidad; y si algun maligno se atreviese á decir ó á pensar lo contrario, todo el mundo le gritaría, tú mientes! (*Parece como que dirige estas últimas palabras á Sannois: movimiento de cólera en este. Perez sin dar muestras de haberle comprendido continua mirándole á la cara.*) No es esto? señor marqués de Sannois.

SAN. (*Que ha vuelto á recobrar su serenidad.*) Ciertamente... sin duda, si la calumnia se atrevsese á levantar la voz, no os faltarían defensores, señora. Yo el primero, yo, que me precio de ser vuestro amigo, reclamaría, en recompensa de mi constante adhesion hácia vos, el favor de tomar á mi cargo la causa de vuestro honor ultrajado... y; vive Dios! que la calumnia habrá de guardar silencio.

RIT. Lo creo, y os lo agradezco.

PER. (*Aparte.*) Pues yo, maldito si le creo una palabra.

RIT. Pero se engañan miserablemente, señor, si presumen que yo deje á Versalles, por evadirme de los odiosos propósitos de unas gentes corrompidas, á quienes desprecio... No, no ha sido ese el motivo de mi partida. Lo fue únicamente el deseo de perder de vista una mansion, en donde le plugó al destino servirse de mí como instrumento para acabar con la existencia de dos personas .. ese ha sido y no mas. No he huido de las interpretaciones, ni del escandalo, de que otras muchas en mi lugar se hubieran vanagloriado; yo me retiré al silencio de un retiro para recobrar en él las fuerzas y el ánimo que necesitaba para combatir mi dolor. Y

si hoy, si mas adelante volviese á aparecer en la corte, estad seguro de que haria frente á la calumnia, porque vivo persuadida de que la calumnia no puede alcanzarme. Se la haria tambien al mundo, porque no tengo al mundo por mi juez. Asi no tendré necesidad de poner á prueba la devocion de mis amigos.... Y á qué efecto? mi defensor, mi juez es solo mi conciencia, y en absolviéndome ella, como me absuelve, no necesito mas.

PER. (*Aparte.*) Tómate esa, cortesano.

RIT. Pero os olvidais del paseo á que me instabais ayer con tanto ahinco.

SAN. Por vuestro bien... para distraeros... poca cosa es, pero á falta de otra... á dónde irémos?

RIT. Vos lo decidireis.

SAN. Pues bien! allá abajo á la estremidad del lugar, cerca de la Abadia antigua, ó si os parece mejor por junto á la torre de Koatven... es un cuarto de legua á lo mas... y acaso tendremos la fortuna de encontrar á aquel personage misterioso, que tanto escita la curiosidad en este contorno.

RIT. Ah! el Solitario.

SAN. Le habeis visto ya, señora duquesa?

RIT. Yo nunca, y vos señor marqués?

SAN. Una sola vez, y esa de lejos en una de mis incursiones matutinas... me pareció joven aun en el modo de andar; por lo demas solo sé lo que todo el mundo sabe, y es que está alli y nada mas... Yo tengo para mí que es un bribon ó un loco.

RIT. Y á tí, Perez, que te parece?

PER. (*Adelantándose.*) Yo, señora, creeré mas bien que sea sencillamente un hombre desgraciado.

SAN. (*Irónicamente.*) Eso le haria mas interesante.

RIT. Perez puede muy bien estar en lo cierto; joven y escogiendo para habitacion, para tumba acaso, una torre arruinada... ocultándose de los hombres, y huyendo de las miradas de todo el mundo, aqui debe haber algun misterio extraordinario, un secreto, una pena grande ó grandes remordimientos.. No os riais, señor de Sannois.

SAN. Ah! permitidme que os diga que vuestra imaginacion está siempre pronta...

RIT. Qué quereis? me gusta mucho todo lo extraordinario y maravilloso; y apostaria cualquier cosa á que una de las dos suposiciones que he hecho es la cierta.

SAN. Pues bien! esa es una razon de mas para tratar de verle, y poder juzgar por vos misma! Esperemos, pues, á que la casualidad nos le depare en el camino.

RIT. Pues vámonos... allá ó á cualquiera otra parte, me es igual. (*A los criados.*) Vosotros nos acompañareis.

PER. Y yo señora?

RIT. Tú no, querido Perez, tú te quedarás aqui... es preciso que uno de los amos se quede en la quinta en ausencia del otro.

SAN. Y ademas que el buen Perez no es curioso... se causaria en esta caminata.

PER. Obedezco á mi señora la duquesa... (*Aparte.*) Oh! tengo una cólera!

RIT. Estoy pronta... vamos allá en buena hora, señor marqués, y daré gracias á Dios si nos depara al solitario de Koatven, porque, no lo niego, tengo curiosidad... soy muger... Perez, hasta luego. (*Perez la besa la mano: Sannois le presenta la suya á Perez, pero finge que no lo ve; Rita, Sannois y los dos criados salen por la reja del fondo.*

ESCENA IV.

PEREZ, *solo.*

Los sigue con los ojos, y adelantándose hácia el foro dice, dando un suspiro:

A no ser por él, yo hubiera acompañado á mi ama... me corresponde de derecho... detesto á este corte-

sano y á sus melosas palabras... Pero ella, muge[r]
imprudente! ni aun se acuerda de lo que dirán
cuando sepan que sola con el marqués, no tenien-
do mas salvaguardias que yo... Ah! es que ya s[e]
se fastidia aqui sin conocerlo... la soledad la cans[a]
en imaginacion viva y ardiente necesita otro pas-
to!... Por qué no me escucha y se vuelve al pai[s]
de donde hemos venido?... Oh! España! cuándo t[e]
volveremos á ver!... Yo, acaso nunca!... En est[a]
Francia, adonde me fue preciso seguirla, esperi-
mento lo que creo que se llama aqui el mal de la
tierra: tengo siempre un fastidio, un tormento
que no puedo esplicar que me róe, que me devora...
Ah! esto no es vivir... Y al mismo tiempo no ne-
cesito yo cobrar fuerzas y valor para continuar
velando sobre ella, para defenderla?... Sí, yo la
defenderé... cuidado con vos, señor marqués de
Sannois; haced vuestro oficio de libertino falso
y de impostor, yo haré el mio de guardian fiel y
denodado.. (*Volviéndo á tomar el tono de tris-
teza.*) Y despues, cuando no haya ningun riesgo
que temer por ella, cuando la vea dichosa... enton-
ces inclinaré la cabeza al peso de mis propias amar-
guras, y como no tendrá ya necesidad de mis ser-
vicios, podré bajar al sepulcro.

ESCENA VII.

PEREZ, FRANCISCA.

FRANC. (*Entrando toda asustada por la reja del fondo.*) Ah! señor Perez amparadme... amparadme...

PER. Qué es eso? qué hay? qué teneis?

FRANC. No me siguen, es verdad?

PER. Quién? qué te ha sucedido?... habla pues.

FRANC. De buena me he librado... por fin... pero aun estoy temblando.

PER. Tu acabarás con mi paciencia.

FRANC. Ah! ya respiro... Oh! yá, yá... Imaginaos que yo estaba pensando en mi marido y decia entre mí; es preciso ir por el camino real para darle gusto, y que vea que soy obediente... pero yo no sé como fué... algun brujo sin duda... pensando en él y todo, y queriendo tomar el camino real, me hallé sin saber como en la vereda, inmediato á las peñas que rodean la torre en que está el solitario.

PER. No acabarás?

FRANC. Y allí vi dos hombres terribles, armados de pies á cabeza... horrosos, qué! entonces tuve miedo.. arranqué á correr... tanto, tantó... y llegué aqui.

PER. Del lado de la torre!... y mi ama?... no la has visto?

FRANC. A fé que no... tenia tanto miedo de que me viesen aquellos hombres tan feos, que cerré los ojos por no verlos... Veis î aun estoy temblando.

PER. Oh! Dios mio! Dios mio!... (*Llamando.*) Pedro! José! Antonio!... Nadie parece.

FRANC. Quién?... aquellos hombres horrorosos?

PER. Qué! no, la gente de la quinta.

ESCENA VIII.

Los mismos, ANTONIO, *que aparece en lo alto de la escalera con otros criados.*

ANT. Qué hay, señor Perez?

PER. Que nuestra ama corre peligro y acaso no poco... pronto, armaos... mi escopeta (*Entranse los criados.*) Estoy tan inquieto!

FRANC. Qué teneis?...

PER. No lo has oido?.. La señora duquesa está allá abajo... Ah! yo no debia obedecerla... yo debia seguirla contra su mandato... á pesar suyo.

FRANC. Pero está sola?

PER. No por cierto; pero qué importa?... Esos hombr de mala traza cuantos eran?

FRANC. No lo sé á punto fijo, señor Perez... no con mas que una media docena... no tuve tiempo... susto... pero debian ser cincuenta á lo menos.

PER. (*Desconsolado.*) Si sucede alguna desgracia jam me lo perdonaré.

FRANC. Oh! Jesus de mi alma!

PER. En fin ya estan aqui. (*Vuelven los criados con a mas, Perez toma una escopeta*) Seguidme, hijo vamos á socorrrer á nuestra buena ama. (*Oyense algunos tiros á lo lejos Francisca que ha bia seguido á los criados, dá un grito y se vuelv asustada al proscenio.*)

PER. Ya será tarde, acaso... pero no importa... seguid me... corramos...

TODOS. Sí, corramos, corramos.

ESCENA IX.

Los mismos, SANNOIS.

PER. (*Corriéndo hácia Sannois.*) Ah! señor marqués.. la señora duquesa!

SAN. Sosiegate, Perez... sosegaos amigos... la señora duquesa se ha salvado.

PER. Bendito sea el señor!

SAN. Intentaban apoderarse de ella y llevase; pero y no hay riesgo... En el momento en que penetraba-mos por las peñas, se echaron sobre nosotros cinc ó seis miserables, y mientras que tres de ellos po niéndose delante de mí y de los dos criados qu iban en nuestra compañia nos detuvieron se dispo nian los otros á arrebatar á la duquesa... imposibl oponerles la menor resistencia...

PER. Yo me hubiera dejado matar, señor marqués...

SAN. Cuando repentinamente nos deparó el cielo un so-

corro que no esperábamos... Un jóven que llaman aqui el solitario de Koatven...

ANC. Ah! El solitario...

N. El cual arrojándose con un puñal en la mano sobre los raptores los hizo huir... y nos hubieramos dado por satisfechos con el susto, si los malvados no nos hubiesen hecho una descarga al retirarse, hiriendo á nuestro generoso libertador...

ANC. Está herido! oh mi Dios!

ER. Ese jóven tan valeroso!...

N. Aqui le van á traer... Ah! ved, aqui está... como tambien la duquesa, que no le ha querido dejar un punto.

ESCENA X.

Los mismos, RITA, *y despues un desconocido.*

ER. (*Corriendo precipitadamente hácia Rita á la cual besa la mano.*) Querida ama y señora... Por qué no haberme permitido que os acompañase?

IT. El cielo á velado sobre mí, Perez.

ER. Pero este ataque, esta tentativa de rapto, tan cerca de la quinta... de dónde podrá venir?

AN. Algunos ladrones, sin duda, que querian prendernos, para hacernos pagar despues el rescate.

ER. Ah! algun misterio hay aqui.

IT. Tranquilízate, Perez, que no me volveré á esponer del modo que lo he hecho... mas no hay que ocuparse de mí ahora.. mas bien de nuestro libertador.

FRAN. Ahí está! ahí está! (*Entran los criados trayendo un jóven desmayado vestido de fraile.*)

RIT. Desmayado aun!... ponedle sobre este banco. (*Los criados ponen al desconocido sobre un banco del jardin, colocado en el proscenio á la izquierda del público.*) Oh cielos! no veis señor de Sannois?.. arroja sangre por la herida... Ah! este pañuelo...

(*Da un pañuelo á Sannois que ayudado de Francisca cura al herido.*)

SAN. Confiemos en que no será nada... voy yo á asegurarme por mí mismo.

RIT. Sí, marqués, sobre la marcha, os lo suplico...

PER. Y nosotros, señora duquesa, nos vamos á perseguir á los salteadores.

RIT. (*Queriendo detenerle.*) Tú, Perez?

SAN. Pero han cogido ya tanta delantera... temo que no podreis alcanzarlos.

PER. Lo mismo dá... Oh! yo voy á eso... uno solo que coja!... yo le haré hablar... por Dios que con una buena bala yo le quitaré para siempre las ganas de volver á robar duquesas. Vamos, venid vosotros... (*Sálese con los criados por la reja del fondo.*)

RIT. (*A Francisca.*) Dèjanos, hija mia.

FRANC. Sí, señora duquesa, me voy. (*Aparte.*) Las mujeres tienen razon; es muy guapo. Voy á contar esto á todo el lugar. (*Sale por el fondo.*)

ESCENA XI.

RITA, SANNOIS, EL DESCONOCIDO, *desmayado.*

SAN. (*De rodillas junto al herido y continuando en curarle.*) La herida es muy ligera... la bala no ha hecho mas que romper la piel y no ha penetrado en el pecho... Ni hay necesidad de cirujano...

RIT. Os lo parece asi?...

SAN. Yo responderia de eso... mirad, ya se detiene la sangre por sí misma...

RIT. No hay pues, ningun peligro.

SAN. Ninguno... pero qué es lo que tiene en la mano derecha tan apretado contra el corazon?... (*Abrele la mano.*) Ah! un medallon... (*Dándosele á Rita.*) Mirad, señora duquesa... (*Continua cuidando al herido.*)

RIT. (*Sorprendida.*) Un medallon!.. (*Reflexionando.*)

Tal vez será este el secreto... retrato de una muger, sin duda... de una muger, á quien ama, y que no puede alcanzar... y he aqui porque se ha venido á ocultar en este lóbrego retiro... Pobre joven! Pero tal vez conoceré yo á esta muger, y debo, en beneficio del que me ha salvado la vida... (*Da maquinalmente vueltas al medallon entre los dedos.*) Oh! no: valerse asi de la ocasion en que no puede defender su secreto, seria mal hecho, muy mal hecho. (*Da vueltas y revueltas al medallon y le abre.*) Oh! Dios! está abierto... no lo miraré... no lo debo mirar... y sin embargo... (*Lo mira.*) Mi retrato! (*Déjase caer sentada y pensativa sobre una silla de jardin á la derecha.*)

SAN. (*Levantanda la cabeza.*) No os lo decia yo?... no es mas que un desmayo... y ved, ya vuelve en si...

RIT. (*Aparte.*) Es mi retrato sin duda.

SAN. Señora duquesa, si le transportásemos ahora á la habitacion...

RIT. (*Como recordando.*) Sí, querido marques... No, quiero decir... seguramente me parece que el aire le será mas favorable.

SAN. Como gusteis, tambien soy yo de ese parecer... Ved como abre ya los ojos... va á hablar...

RIT. (*Aparte.*) Ah! no quisiera que lo hiciese delante del marques... (*Va poco á poco á colocarse entre el desconocido y S. Annois despues volviéndose hàcia éste.*) Señor de S. Annois, os agradeceria que fueseis á dar órdenes.

SAN. Y para qué?

RIT. Para que vayan corriendo, al instante, á San Renan á buscar un cirujano.

SAN. Si es enteramente inutil... yo os aseguro que yo solo...

RIT. (*Sonriendo.*) Permitid que no me tranquilice completamente con vuestros conocimientos en medicina... Os lo suplico... uno de mi gente de á caballo, pronto!

SAN. (*Con frialdad.*) Obedezco, señora, y voy allá corriendo. (*Saluda y entra en la casa. Rita fue ha-*

blando con él hasta el pie de la escalera. El entra en el pavellon.)

ESCENA XII.

RITA, EL DESCONOCIDO.

Rita vuelve á ponerse lentamente al lado del joven.

SOL. (*Despues de haber mirado drededor de si como asombrado.*) Qué es lo que me ha pasado?... oh! mi cabeza! mi pobre cabez !... (*Reflexionando.*) En vano intento acordarme todo se me ha barrido de la memoria. . Ah! solanente una muger enmedio de un gran peligro... ' aquella muger... era ella, sí, estoy seguro, ella ca, y ahora...

RIT. (*Presentándosele.*) Ahora es muger, que habeis salvado, está en vuestra preencia, señor, y os da las gracias...

SOL. (*Dando un grito de asomro y de alegria.*) Hela aqui!... sí, me acuerdo ahoa, todas mis ideas se me vuelven a la imaginacia á un tiempo.. los miserables que atentaban con'a vuestros dias ó contra vuestra libertad, y voá quien la casualidad !..: una casualidad harto felizhabia llevado alli... yo os arranqué de sus manos el dia mas venturoso de toda mi vida! Oh! ;, seguramente, el mas afortunado.

RIT. (*Temblando.*) Señor, esta herido, y el desmayo, de que apenas habeis vuo, me hace temblar.

SOL. Ah! tranquilizaos, señor!... esta debilidad procede de la conmocion... n herida es muy ligera... aquietaos.. dejadme que manifieste por cuán feliz me tengo! Pero es vead que estais aqui..: que os estoy viendo, señora.. me parece que sueño aun... ó que no estoy emi juicio!... (*Con desesperacion.*) Ah! qué no ubiese muerto yo defendiéndoos!

RIT. (*Con espanto y sorpresa.*) Muerto, vos!

SOL. Sí, morir dando el último adios á la existencia con una accion que llamais generosa, y á vos señora, con un recuerdo tal vez... qué mas podria desear un hombre tan desdichado como yo?

RIT. (*Con compasion.*) Desdichado!

SOL. Abandonado, solo en el mundo!...

RIT. (*Muy conmovida.*) Solo!...

SOL. Con unos pensamientos que me despedazan, un amor que devora mi corazon.

RIT. (*Interrumpiéndole con viveza.*) Deteneos, señor... yo no os pido que me comuniqueis vuestros secretos... y estoy viendo que el hablar de este asunto os hace mal...

SOL. Teneis razon, me callaré... debo callar... porque si os llegase á descubrir el arcano de mis penas, os mostrariais severa conmigo, y me negariais hasta la mas leve señal de compasion...

RIT. Yo no creo...

SOL. Vos no habeis esperimentado nunca la desgracia!

RIT. Nunca la desgracia! Y quién os lo ha dicho?

SOL. (*Con exaltacion.*) Vos tambien!... el dolor no perdona á nadie!... Y será posible que vos, dueña y señora de todo aquello que puede dar la felicidad ó conseguirla?...

RIT. (*Asustada.*) Oh! no se hable de mí, sino de vos, señor, de vos solo; y puesto que teneis la bondad de confiar á una estraña....

SOL. Una estraña! oh! no, señora... Vos habeis tenido compasion de mí, quisierais poderme dar algun consuelo, el cielo os ha hecho para comprenderme; no sois pues, una estraña para mí.. (*Atráela con suavidad de la mano al banco en que está sentado.*)

RIT. (*Aparte.*) Vamos, será preciso escucharle, es el único medio de calmar su agitacion: y ademas, tengo, á pesar mio, curiosidad de saber... (*Siéntase á su lado.*)

SOL. Mi vida ha sido bien corta, si la he de medir por los acontecimientos de ella: nacido en la pobreza

y la oscuridad, me crié con la idea y la esperanza de que una y otra me servirian de baluarte contra las tormentas y tempestades del mundo. Hijo segundo de un hidalgo breton, me destinaron desde la cuna al estado eclesiástico. Esta carrera, ya fuese por la costumbre de oir decir que habia de ser la que yo abrazaria ya por la vocacion que tal vez me llamaba á ella correspondia tal vez á mis esperanzas de alcanzar una felicidad apacible y tranquila; y sin embargo cuando llegó el momento de separarme del mundo vacilé sin poderlo remediar; y mis superiores, graduando esta vacilacion de tibieza ó frialdad, acordaron que se me hiciese pasar por otro noviciado. Habia momentos, en los cuales sin gusto y sin sentimiento esperaba con resignacion... pero tambien habia otros, en que me retiraba hácia atras espantado, como si me hallase ante un precipicio: era un presentimiento; y yo esperaba que al fin, Dios me inspiraria, diciéndome: huye! ó quédate! hubiera recibido sus órdenes obediente y tranquilo; y tengo bien presente que en el fondo de mi corazon, hubiera querido mas que el cielo me dijese que me quedase. Asi vivia algunos años en el monasterio de Kandem...

RIT. (*A si misma.*) El monasterio de Kandem...

SOL. Cuando hace algunos meses hubo una toma de hábito en el convento... Entre los espectadores distinguidos que la ceremonia habia atraido á nuestra santa reclusion, se hallaba una muger, un angel por la gracia y la hermosura... Yo no podré pintaros la revolucion que su vista produjo en todo mi cuerpo... Fue como si mi corazon, no cabiendo en mi pecho, le hubiese dividido.. en los primeros momentos fue una cosa dulce y cruel al mismo tiempo... Mi alma volaba á colocarse ante la suya; despues una fiebre, un delirio... Cuando se separó de mi vista aquella aparicion, que me llenaba de encanto y me abrasaba; cuando pude ver con clarida por mí mismo, se apoderó de mí un espanto indecible. Yo habia invocado el

auxilio del cielo pidiéndole que me iluminase y me concediese la fuerza necesaria para seguirle, y me parecia que el cielo, contestando á mi plegaria, me enviaba aquella muger para trastornar mi resolucion... No os parece que era bien digno de compasion? (*Rita turbada no contesta.*) No me ois, señora!...

RIT. Oh! sí, ya os escucho... Proseguid, proseguid...

SOL. Creí que Dios mismo era el que me habia hablado! Desde aquel dia se borraron de mi memoria todos los que le habian precedido, como indignos de ocuparla; su imagen llenó todos los que se le siguieron... Yo me alimentaba de recuerdos... Yo me entregaba como un insensato á este estraño sentimiento, y bien pronto la mansion del claustro se me hizo insoportable: aquellas paredes, que en otro tiempo veia yo sin temor, me horrorizaron: un solo pensamiento me animaba, una esperanza sola hacia palpitar mi corazon: acercarme á la que me habia revelado el secreto de mi existencia; porque no podia ya pronunciar votos, en los cuales no solo no tomaba parte el alma, sino que los desmentia con amargura, con violencia; y yo jurando consagrarme á Dios, hubiera cometido un sacrilegio... Una noche, pues, olvidándolo todo, los preceptos de mi familia, las esperanzas de mi juventud, y tal vez la voluntad del cielo, no escuchando mas que aquella voz que me llamaba hácia ella, me escapé del convento.

RIT. Oh! cielo! Y fue por aquella muger?

SOL. Sí, por ella, por ella sola... Despues de mi fuga del claustro, anduve errante largo tiempo á la aventura... y juzgad de mi embriaguez, al fin la volví á ver... vivia en esta parte de la Bretaña...

RIT. Ah!

SOL. Entonces me vine á fijar en las ruinas desiertas de Koatven... en donde quiero acabar mis dias... dichoso de haberla visto, de respirar el aire que ella respira... á esto se limitan todos mis deseos... porque está aqui para siempre, en este corazon, des-

pedazado por la desesperacion... y espero que bien pronto mi amor y el secreto de su nombre se irán á refugiar conmigo á la sepultura.

RIT. (*Conmovida.*) Qué decis? Qué pensamiento tan espantoso!

SOL. Hoy ó mañana, qué importa? Por otra parte, mi último momento será harto gozoso, si tengo la dicha de espirar con los ojos fijos en sus facciones idolatradas, en aquel retrato que está aqui sobre mi corazon, que jamas se apartará de él. (*Echa la mano, y no encontrándole, esclama con espanto.*) Dios mio!

RIT. (*Levantándose.*) Qué espanto! Qué teneis?

SOL. No le encuentro... aquel retrato... perdido!... Perdido mi único tesoro!... ahora caigo, en la lucha que tuve con vuestros raptores, sin duda se me cayó del seno...

RIT. Podrá ser... en efecto... que teneis razon...

SOL. Por piedad, disponed que busquen.... enviad alguno de vuestra familia al lugar de la refriega... Es la única recompensa que os pido de haberos salvado.

RIT. Sí; enviaré... se buscará... yo misma si es necesario... Oh! encontraremos ese objeto, cuya pérdida tanto lamentais..... se os restituirá.

SOL. Juzgad, señora, por vos misma, cuan precioso no deberá ser para mí este retrato!... yo, yo mismo fui el que recordando mis primeros estudios, y reuniendo en la memoria todas mis ideas, inspirado todo por mi amor, llegué á trazar aquellia imagen! y la he perdido! Ah! vos penetrais mi dolor, vos teneis piedad de mí, no es verdad?

RIT. Esperad, y tened confianza en mí.

SOL. Ah! si fuese yo solo el que hubiese de padecer por esta pérdida, aun no me seria tan sensible... pero ella, señora duquesa... ella!... si el balllazgo de este retrato la comprometiese á los ojos del mundo... si llegase á caer en manos indiscretas.. Ah! esta idea me aterra.... no puedo soportarla; y á pesar de la herida, yo mismo iré corriendo... Si,

auuque me caiga muerto al encontrarle, es preciso. . (*Levántase y da algunos pasos tambaleando hàcia la reja.*)

RIT. (*Corriendo detras de él, enseñándole el retrato y apartando los ojos de él.*) señor, perdonadme el haberos hecho sufrir tanto...

SOL. Y qué me importan mis sufrimientos?... He vuelto á encontrar mi bien, mi tesoro, mi vida... Este retrato, tal vez lo habeis visto?... Decid, decid, le habeis visto?...

RIT. Sí.

SOL. Y estais aqui, á mi lado, y mostrais en vuestras miradas dulzura y compasion?

RIT. Sí.

SOL. Y no sale de vuestra boca ninguna palabra de cólera ó de desprecio!

RIT. No.

SOL. Ah!... soy dichoso.

RIT. Silencio, señor, por vos, por vos mismo, yo lo exijo: sí, yo me he encargado de velar por vuestros dias.. me toca de derecho, y es mi deber encomendaros el silencio!

SOL. (*Besándole las manos.*) Obedezco!...

❖❖❖❖❖❖❖❖❖❖❖❖❖❖❖❖❖❖❖❖❖❖❖❖❖❖❖❖❖❖❖❖❖❖❖❖❖❖

ESCENA XIII.

Los mismos, PEREZ, *despues* SANNOIS, *criados y* FRANCISCA *con otras paisanas.*

PER. (*Volviendo de mal humor con los que habiá llevado en su compañia.*) Nada! ni rastro de aquellos miserables!

SAN. (*Llegando por la escalera.*) Al instante, señora, os traeran al doctor... Pero estoy viendo que no os habia engañado cuando trataba de tranquilizaros... los ojos de nuestro herido han adquirido una viveza... Oh! no nos costará mucho trabajo sacarlo avante. (*Presentándole la mano al solitario.*) se-

ñor, os doy gracias de todo corazon por el servicio que nos habeis hecho... Y al tanto me ofrezco.

RIT. (*Al solitario.*) Venid, venid, señor, apoyaos en mi brazo... en aquel pavellon esperaremos al doctor... (*Marchan juntos poco á poco hácia la escalera; dos criados les preceden por una señal que les hizo la duquesa. Sannois y Perez estan enmedio de la escena uno frente á otro; Sannois se sonrie y Perez le mira de arriba á bajo; en este momento entra Francisca paso á paso atrayendo detras de si otras paisanas y enseñándoles el joven solitario.*)

PER. (*Lo percibe y le dice colérico.*) Qué haces ahí, tú? Por qué no te estas con tu marido?

FRANC. Mi marido? Dos horas hace que me está esperando, y estoy bien segura de que me cascará las liendres; asi nada aventuro en hacerle esperar mas. (*Rita y el solitario van subiendo la escalera.*)

RIT. Poco á poco... mas despacio!

SOL. Oh! no temais... ahora me encuentro bien, completamente bueno.... (*Estan en lo alto de la escalera: Perez sigue conteniendo á las mujeres, que se quieren adelantar y mirar al solitario: Sannois está enmedio del teatro.*)

SAN. Ahora nos veremos los dos las caras, señora duquesa.

FIN DEL SEGUNDO ACTO.

ACTO TERCERO.

LA TORRE DE KOATVEN.

Sala gótica, algunos muebles antiguos; en el fondo una puerta ancha, cerrada por una colgadura de tapiz ó de otra tela: puertas laterales.

ESCENA PRIMERA.

RITA, EL SOLITARIO.

Al levantarse el telon aparece el Solitario sentado á la derecha del público, inmediato á una repisa ó mesa chica, apoyada la cabeza sobre una mano y como meditando profundamente: la otra mano la tiene entre las de Rita, que está á su lado de pie, mirándole amorosa.

RIT. Y bien, no desplegais vuestros labios! Vuestros ojos no parece sino que temen encontrarse con los mios, cuando yo me contemplo tan dichosa... acaso mi presencia os infunde la melancolía, que mostrais en vuestro semblante?... Que, señor, no me amais ya como yo os amo?... callais aun!

SOL. (*Levantándose.*) Ah! perdona, Rita, perdona... no amarte yo... no lo podrás creer, pero habia aqui

en mi corazon cierta turbacion involuntaria, cierta inquietud vaga, que no puedo esplicar; quién sabe? algun remordimiento tal vez.

RIT. Algun remordimiento!

SOL. Oh! yo le acallaré, sí; quiero y debo hacerlo.

RIT. Y no volverás á pensar mas que en nuestro amor?

SOL. Sí, en nuestro amor. Tú me has hecho adoptar un nuevo género de vida y ya pertenece toda entera... cuando te apartas de mí, mil amargos recuerdos asaltan mi corazon: pienso en que he quebrantado una promesa sagrada; que he renunciado á una vida oscura, piadosa y apacible, para la cual tal vez habia nacido... Estos recuerdos son crueles, señora duquesa, cuando se presentan á mi memoria estando solo y lejos de vos... pero cuando tú estas presente y à mi lado, como ahora, Rita, y que tu mano estrecha la mia... entonces la imagen de lo pasado que me cercaba por todas partes, se desvanece poco á poco, los recuerdos amargos huyen, y todo lo olvido menos á tí, mi felicidad, mi vida, á tí, mi esposa.

RIT. Vuestra esposa!... sí, bien pronto. Yo llevaré bien pronto ese nombre á la faz del mundo.

SOL. Cómo? esplicate.

RIT. Inmediatamente... estoy esperando á Perez, y.... algun otro con él.

SOL. Algun otro con él?

RIT. No me preguntes... te he querido sorprender y creo que me lo agradecerás... Pero volvamos á lo que estabas diciendo ahora, á tus pesares, á los recuerdos que te persiguen... considera, amigo, que el cielo mismo te ha impedido pronunciar unos votos, que hubieran cansado tu infelicidad para siempre... me ha enviado á mí.. él bendice nuestra ternura, mi voz te previene de su parte que deseches los remordimientos; sino eres culpable: no hay que volver los ojos á lo pasado; es tan bello lo presente! Y lo futuro nos ofrece una perspectiva mas venturosa, mas brillante aun... Tu

te querias consagrar á Dios y él te ha hecho dedicarte á mí para siempre.

SOL. Oh! sí; para siempre!

RIT. A mí sola no es esto señor? porque yo soy celosa... y si otra muger jamas...

SOL. Y ninguna muger podria, Rita, amarme jamas como tú me amas? (*Diciendo estas palabras le coje las manos va á sentarse llevándola consigo, luego mirándola fijamente prosigue.*) Ademas qué mujer se podria comparar contigo?... Lo que mas me encanta en tí, no es la hermosura, ni ese aire amable é imponente á un tiempo; ni esos ojos que me están diciendo: te amo... nó; es tu alma grande y noble, tu alma mas bella aun que tu figura.

RIT. Oh! vos decis eso, señor, y ese es el lenguage ordinario de los amantes: pero si tuviesemos la desgracia de ser feas... oh! Dios mio! no hariais caso de la hermosura de nuestra alma.

SOL. Otros, tal vez; pero yo...

RIT. (*Sientase á su lado.*) Vos tambien, señor... Mirad; no sabeis que Perez entiende algo de alquimia?

SOL. Tú me lo has dicho. Y qué?

RIT. Trae entre manos una máscara que dándole una capa de cierta preparacion, produce el efecto de dejar desconocida y espantosa en cinco minutos la cara mas linda.

SOL. De veras? ese es un secreto.

RIT. Si por desgracia me pusiese yo alguna vez esta máscara, convenid conmigo francamente, adios todo vuestro amor.

SOL. Oh! no.

RIT. Que sí.

SOL. Que no.

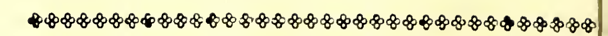
RIT. Yo os aseguro que sí.

SOL. Y yo os juro lo contrario.

RIT. Oh! yo tambien os juro que no pienso hacer la prueba, hoy sobre todo; hoy mas que nunca quiero estar hermosa... si supieseis... si tú supieses...

SOL. Qué pues?

RIT. Alguien viene... ah! él es... es Perez.



ESCENA II.

Los mismos, PEREZ *entrando por la izquierda del público.*

RIT. Y bien!

PER. Señora duquesa allí está... os espera en la capilla.

SOL. En la capilla!

RIT. Escucha, amigo, escucha... Perez, allá vamos los dos detras de tí. (*Vase Perez.*)

ESCENA III.

RITA, *el* SOLITARIO.

RIT. He aqui el misterio que te ocultaba.... tú me has dicho varias veces "la oscuridad de mi nombre y la soledad de la torre de Koatven se me hacen odiosas, insoportables".... pues bien; ya no hay para tí ni soledad ni oscuridad: ya tienes una fortuna inmensa, un título ilustre... El sugeto, cuya venida me acaba de dar Perez, es un sacerdote!

SOL. Un sacerdote!

RIT. Y acabo de disponer en la capilla todos los preparativos para celebrar un matrimonio.

SOL. Vuestra mano, señora?

RIT. Asi quitate ese vestido lúgubre que no te has de volver á poner en adelante... Deja aqui la triste y malhadada memoria de lo pasado, para lanzarte conmigo hacia un porvenir lleno de esplendor y de gloria... Y bien! no me respondes? De dónde nace que te muestras sordo y de hielo á una nueva de felicidad, á mis amorosas palábras?... señor, yo

no os comprendo : en el nombre del cielo respondedme.

SOL. (*Con frialdad presentando la mano á Rita y conduciéndola hacia una silla.*) Que la señora duquesa tenga la bondad de sentarse... y de prestarme toda su atencion.

RIT. (*Estupefacta.*) Pero eres tù el que asi me habla? ese lenguage, ese tono, á que no tenias acostumbrado mi corazon... (*Se oyen dar las doce en una parte retirada de la torre.*)

SOL. Las doce. No trae esta hora algun recuerdo á vuestra memoria, señora duquesa? Ah! os poneis pálida! Bastará el lúgubre sonido de una campana para dispertar en vos un remordimiento?... Ah! si asi fuese la casualidad habria escogido bien apropósito la hora de la reparacion, no es verdad?

RIT. (*Levántandose con pena.*) Señor, quién sois vos?

SOL. (*Con sangre fria.*) Ahora lo vais á saber... pero calmaos, volveros á sentar.

RIT. (*Dejándose caer sobre su silla.*) Escucho, escucho...

SOL. Os he engañado, señora...

RIT. (*Con la voz embargada.* Dios!

SOL. Cuando pálido y ensangrentado aparecí en vuestra presencia bajo este hábito y os hablé de claustro... os engañaba.

RIT. (*Suplicante.*) Por el cielo, acabad ya con esa burla atroz... me despedaza!

SOL. (*Con frialdad.*) Os engañaba... (*Levantando la voz y observándola.*) Yo soy marino, señora... yo soy el conde Enrique de Vaudray!

RIT. (*Retrocediendo.*) Vos!... Ah!

ENR. (*Continuando.*) Hacia dos años que habia dejado la Fraucia cuando la volví á ver hará como unos seis meses... Al partir, señora, habia estrechado entre mis brazos á un hermano, á quien amaba... habia regado con mis lágrimas el seno de una madre que idolatraba.., herido en el último combate obtuve licencia para regresar al pais... partí... los dias enteros se me pasaban sobre la cu-

bierta del barco que me traia, mis ojos. Vueltos hácia la Francia.. la Francia en donde habia dejado una madre, en donde iba á encontrar á un hemano!.. Y como me latia el corazon al pensar que los iba á ver... y cuan larga me parecia la travesía!... En fin, desembarqué... seis horas despues estaba viendo ya la quinta de mis padres... los criados, que acudieron á mi voz estaban vestidos de luto... hágoles, temblando de pies á cabeza, mil preguntas una tras otra, á las cuales solo contestan con un doloroso silencio... Entonces se llegó á mí uno de los criados antiguos, que cogiéndome de la mano me condujo á la bóveda, en que reposan mis abuelos... despues enseñándome dos sepulcros nuevos: „aqui yace, me dijo, vuestro hermano... allí está vuestra madre. „Y pude oir sin caer muerto, de dolor, estas horrendas palabras!... (*Despues de una pausa.*) Al dia siguiente arrodillado ante estos sepulcros oí la lamentable historia del funesto acontecimiento que me habia privado de un hermano, y me habia dejado huérfano.. La coqueteria de una mujer los habia muerto á entrambos.

RIT. (*Levantando la cabeza.*) Y quién os ha dicho eso señor conde?

ENR. Personas bien enteradas, señora... aquellas, de las cuales hubiera hecho ella asimismo otras tantas víctimas, si tan crédulas como mi hermano se hubiesen dejado caer en el lazo enamorándose de ella.

RIT. Pero entonces... esperad... la cabeza se me trastorna... Entonces, á qué viene ese disfraz?... Por qué al cabo de seis semanas?

ENR. Por qué!... no considerais, pues, que estas dos muertes, obra de una mujer, que estas dos muertes de mi hermano y de mi madre estan clamando venganza, y que las he vengado!... No contemplais, pues, que se van levantado mil voces para revelarme el nombre de esta mujer!... y que esta mujer es Rita, la duquesa de San Felice!

RIT. (*Fuera de si.*) O mi Dios, mi Dios!

ENR. Y qué os habia hecho, pues, mi hermano?... Qué ofensa habia cometido contra vos, para haberle inspirado á la edad de veinte años semejante aversion á la vida?... En qué crimen habia incurrido mi madre?... Qué os importaba á vos, tan buscada y apetecida de todo el mundo, un esclavo mas uncido á vuestro carro?

RIT. (*Fuera de si.*) Ah! es cósa de volverse loca!

ENR. Y yo no podia arrancar el corazon á quien tanto mal me habia hecho: era una muger!... no; pero en cambio podia volverle lágrimas por lágrimas, desesperacion por desesperacion!... Insensible hasta entonces al amor, que con tanto arte sabia inspirar, virtuosa por cálculo, la alta reputacion que ostentaba era su ídolo adorado; era preciso pues quitarle la reputacion.

RIT. (*Como demente.*) Oh! no, no, es imposible... no eres tu Enrique el que me está hablando.. yo soy el juguete de algun sueño terrible y espantoso, que se ha apoderado de mi imaginacion!... por piedad, Enrique, despiertame! despiertame!

ENR. (*Con calma.*) Lo que está pasando entre nosotros, señora dupuesa, es tan real y positivo, como irreparable la pérdida que por vos esperimento.

RIT. Ah! Y cuanto mejor hubiera sido, Enrique, darme de puñaladas, que no decirme lo que me estais diciendo.. mas generoso hubierais andado en dejarme en las manos de los que me llevaban ya, tal vez para sacrificarme!..

ENR. (*Con frialdad.*) Desengañaos... yo habia dado orden á aquellas gentes para que os tratasen con todas las consideraciones debidas á vuestro rango.

RIT. (*Exasperada.*) Qué! aquel rapto?..

ENR. No era mas que una farsa... y vuestros raptores gentes pagadas por mí.

RIT. (*Aterrada.*) Ah!... no obstante... mi retrato hallado en vuestras manos...

ENR. Fue copiado del que está colocado en vuestra sala misma.

RIT. Y la sangre?... la sangre que arrojabais por la herida?

ENR. Me la habia yo hecho con mi puñal en el pecho. Sabia que erais novelesca, y componiendo una novela me introduje con vos... mi hermano os amaba y vos le matasteis... logrando ser amado de vos, he vengado á mi hermano.

RIT. (*Trémula.*) Y sabeis que es una comedia infame, la que acabais de representar, señor conde?... Sí, infame!... porque una infeliz muger era á lo menos acreedora à piedad!... Oh! y cuán cruelmente me castigais por haberos querido!... Pero tened entendido, que si asi lo hice fue porque llegasteis á mí moribundo y desgraciado... rico y poderoso tal vez no hubierais podido mover mi corazon... porque me parecisteis abandonado, sin arrimo en la tierra, os he amado con toda la piedad que vuestra desgracia me inspiraba!... Oh! sí, yo os he amado mucho, Enrique!... mucho!... Mas, por qué tus palabras no me han quitado la vida?... Habré de estar condenada á vivir despues de lo que acabo de escuchar?... Mírame á tus pies, Enrique... Enrique, no me reduzcas al estremo de haber de dudar de la justicia del cielo... porque despues de tu traicion no podré creer en nada... ni aun me quedaria el recurso de orar... porque dejaria aun de creer en Dios... Yo queria ensalzarte hasta mí, yo queria ser tu esposa... pues bien! si tú lo exiges te sacrificaré la reputacion, de que tan vana y orgullosa me contemplabas... seré tu querida... tu querida... entiendes?... pero, ámame, ámame. (*Está á sus pies.*)

ENR. (*Parece violentamente conmovido, despues hace un esfuerzo sobre si mismo, y la da la mano para levantarla.*) Qué haceis, señora duquesa?... levantaos... levantaos.

RIT. Aspirais á mi humillacion?... necesitais mi deshonra?... (*Levantándose.*) Nada de eso conseguireis, señor conde!... Yo sabré dispataros ese gus-

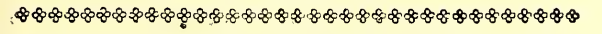
to!... No hay mas que un solo testigo de mi flaqueza... testigo mudo y decidido... Pues bien...

ENR. (*Con frialdad.*) Lo negariais todo en presencia misma de los que no han perdido ni una sola palabra de nuestra conversacion?...

RIT. (*Retrocediendo.*) Qué quereis decir?

ENR. Que tengo testigos, señora duquesa.

Abrense los tapices del fondo dejando ver otro salon magnificamente iluminado, en el cual se sirve una mesa espléndida. Sannois, Durantal, Servigné, los otros señores y mugeres sentadas á sus lados, se levantan y esparcen por la escena.



ESCENA IV.

Los mismos. SANNOIS, DURANTAL, SERVIGNE, SEÑORES Y CORTESANAS.

SAN. Bravo, conde de Vaudray! Bravo, admirablemente ejecutado!

RIT. (*Lanzando un grito de terror, volviéndose despues hácia Enrique.*) Ah!... Señor, señor... habeis cometido una bajeza indigna de un caballero... Lo que acabais de hacer es una traicion infame, de que se avergonzaria hasta el último de vuestros criados.

ENR. (*Evitando sus miradas.*) He cumplido dos juramentos hechos sobre dos sepulcros...

SAN. Saldreis del paso, señora duquesa, ocupando los salones de Paris y de Versalles por un mes á lo mas; y si á esto se añaden una docena de felicitaciones anónimas... otras tantas canciones... está todo dicho.

RIT. (*Pausadamente.*) Puede ser... (*Dirigiéndose á todos.*) Por mas que cada uno de vosotros se las haya apostado de perfidia para perderme... hay uno sin embargo, mas despreciable por sí mismo, y mas infame que todos los otros juntos.

SAN. (*Colérico.*) Señora!

RIT. (*Con frialdad.*) Os agradezco, señor, que os hayais querido reconocer... me habeis ahorrado el disgusto de pronunciar vuestro nombre... (*Despues de una pausa.*) Mi delito contra vos era grande, en efecto, era de aquellos que las gentes de vuestra calaña no perdonan nunca... Me habiais perseguido con vuestro amor desenfrenado, y habiais visto á mi corazon sublevarse á la sola idea de perteneceros.

ENR. (*Aparte.*) Qué dice!... os habrá amado?

RIT. Y no es esto todo... herido vuestro amor propio necesitabais perderme á toda costa... pero para lograrlo con mas seguridad, necesitabais vivir en intimidad conmigo... Entonces, mudando de lenguage, vinisteis á mendigar el título de amigo mio... me dirijisteis palabras de amistad y de adhesion... me habeis enlazado, como la serpiente enlaza su presa, para despedazarme á vuestro antojo... No sabeis, que si yo fuese hombre, seria para mí poco toda vuestra sangre?... Pero no soy mas que una muger, y no puedo hacer mas que deciros: marques de Sannois, sois un hombre bajo y cobarde!... ois! un cobarde! (*Movimiento de cólera de Sannois. Perez aparece en el umbral de la puerta de la izquierda.*)

❖❖❖❖❖❖❖❖❖❖❖❖❖❖❖❖❖❖❖❖❖❖❖❖❖❖❖❖❖❖

ESCENA V.

Los mismos. PEREZ.

PER. (*Deteniéndose pasmado.*) Qué veo?... Qué hay aqui, pues?... (*Da algunos pasos.*) El marques!...

(*Rita le hace seña con la mano para que se calle: despues se vuelve hácia Enrique.*)

RIT. En cuanto á vos, señor conde...

PER. (*Aparte.*) Señor conde!

RIT. (*Continuando.*) Yo no sabré deciros aun el género

de sentimiento que me inspiran tantos ultrages... no sabré deciros aun qué mereceis mas, si mi compasion ó mi aborrecimiento... Mi aborrecimiento... oh! sí; se os debe de justicia... por lo bien que lo habeis adquirido. (*Con desprecio.*) Pero teneis tambien algun derecho á mi compasion, por el bajo papel que os han hecho representar... al conde Enrique de Vaudray!

PER. (*Aparte.*) Enrique de Vaudray!

RIT. (*Señalando á Sannois.*) Ese hombre, os ha dicho: una muger ha causado la muerte de tu madre y de tu hermano... y os nombró á la duquesa Rita de San Felice; despues añadió: véngate de esa muger con su humillacion y su deshonra!... Pues bien! ese hombre ha mentido... porque sabe muy bien que estoy inocente. Sí; cuando se despierta en mí la memoria de la desgracia que he causado involuntariamente... pongo la mano sobre mi corazon y se tranquiliza al momento... porque encuentro en él la prueba de mi inocencia!... (*Sacando una carta del pecho y presentándosela á Enrique.*) Hé aqui por qué este escrito y yo somos inseparables.

ENR. Una carta... (*Pasando la vista por ella.*) De mi madre!... (*Abre la carta temblando y despues lee.*) "Desde el lecho de la muerte os escribo... desde el »lecho de la muerte, desde el cual os he bendeci»do, Rita... Oh! bendita sea aquella, á quien los »terrores de una madre habian conmovido, la que »se sacrificaba por conservarme mi hijo! Bendita »sea aquella que se entregaba al que tanto sentia »no poder tener amor; y eso para evitar la catás»trofe que me conduce al sepulcro!..." Qué es lo que acabo de leer?... (*Dejándose caer sobre una silla.*) Oh! La maldicion! La maldicion caiga sobre mi!... (*Volviendo á continuar la lectura.*) "Hi»ja mia, un gran secreto pesa sobre mi corazon, »que os confio á vos sola, Rita. Os he dicho que »mi hijo Julio..."

PER. (*Oyendo estas últimas lineas hace un movimiento,*

despues va y se apodera de la carta esclamando.) Señor, no concluireis esta lectura.

ENR. Qué haceis?

PER. (*Con frialdad.*) Lo que queda es el secreto de mi señora, señor conde.

RIT. Sí, te he comprendido... Lo que queda, señor, es mi patrimonio, mi patrimonio mas apreciable ahora. Adios, señor conde de Vaudray. (*Echa una mirada de desprecio á los que la rodean, y vase por la izquierda.*)

SAN. (*Riéndose, señalando á Perez que se va lentamente detras de su ama.*) Ah! ah! ah! te felicito, mi querido Enrique! hasta ese viejo cancerbero ha dejado que le engañases y le pusieses un bozo!...

PER. (*Volviendo atrás.*) Pedid á Dios, señor de Sannois, que ese cancerbero no os tropiece alguna vez; porque aunque viejo y todo como es, su mordedura podria ser muy bien mortal para vos. (*Aléjase tambien por la izquierda.*)

❖❖❖❖❖❖❖❖❖❖❖❖❖❖❖❖❖❖❖❖❖❖❖❖❖❖❖❖❖❖❖❖❖❖❖

ESCENA VI.

Los mismos, escepto Rita y Perez.

SAN. Créeme, no hagas caso de esas amenazas, ni de esa cólera impotente... ven á la mesa con nosotros.

TODOS. Sí; á la mesa!... á la mesa!...

ENR. (*Cerrándoles el camino.*) Un momento!...

SAN. (*Con lijereza.*) Está bien... en el campo me darás las gracias por haberte escogido por nuestro vengador.

ENR. Ahora es cuando se me ha de oir, la orgía os está llamando, no os robaré mas instantes... los necesarios solamente para arreglar nuestras cuentas!...

SAN. (*Aparte.*) Creeria uno que se enfadaba...

ENR. (*Continuando.*) La vil comedia está ya representada!... es justo pagar á cada uno su salario! (*Saca

bolsillo de dinero y le tira en tierra á los pies de las mugeres.) Ahi va el vuestro... Al presente ya no teneis que hacer aqui... marchad... marchad!... (*Vuélvense á cerrar los tapices del fondo: no se ven mas ni la mesa, ni las mugeres.*)

SAN. Está loco!

❖❖❖❖❖❖❖❖❖❖❖❖❖❖❖❖❖❖❖❖❖❖❖❖❖❖❖❖❖❖❖❖

ESCENA VII.

Los mismos, escepto las mugeres.

ENR. (*Con denuedo.*) A vosotros, señores, á vuestro turno!... á vosotros que tan baja y cobardemente me habeis engañado... á vosotros, que me habeis hecho vuestro cómplice! tambien os toca á cada uno vuestro salario! A esas mugeres, oro... A vos, mis gentiles caballeros, á vos, hierro. (*Saca la espada.*)

SAN. Seguramente que su señoria está atacada de demencia.

ENR. Os quedais inmóviles?... Vuestras espadas permanecen aun encerradas en la vaina? acaso no comprendeis que necesito de la vida de uno de vosotros, la vida del mas cobarde, del mas infame? (*Yendo derecho á Sannois y quitándole la insignia de la orden que lleva al pecho.*) No has entendido, pues, que necesito tu vida, marques de Sannois?...

SAN. (*Poniendo la espada en la mano.*) Infeliz!... Enrique Enhorabuena!

DUR. *y* SER. Deteneos!...

ENR. (*Amenazándolos.*) Atras! atras vosotros!

SAN. (*Que ha vuelto á tomar su sangre fria.*) Dejad... señores... una sangria ligera le calmará. (*Cruzan las espadas.*)

ENR. Ah! por fin, siento ya una espada cruzarse con la mia... (*Tíranse algunas estocadas.*)

SAN. (*Con frialdad.*) Cúbrete mejor... si hubiese querido no estarias ya en este mundo.

ENR. Te dispenso la piedad...

SAN. (*Mofándose.*) El partido no es ciertamente igual.

ENR. Pienso del mismo modo.

SAN. Cierto que te hubiera muerto ya mil veces.

ENR. Hazlo, pues!...

SAN. Una picadura bastará... yo soy un súbdito demasiado fiel de Luis XV, para privar á su marina de un oficial de tan brillantes esperanzas...

ENR. (*Redoblando el vigor y obligándole á romper.*) De qué nace, pues, que pierdes el color, marques de Sannois?...

SAN. (*Herido de una estocada.*) Ah! (*Cae muerto. Espanto en los concurrentes.*)

ENR. Vamos, nobles caballeros!... Cuál de vosotros recoje esta espada? aqui espero!

Permanecen inmóviles y consternados. Cae el telon.)

FIN DEL TERCER ACTO.



ACTO CUARTO.

LA MASCARA.

Decoracion del primer acto. Los salones de la duquesa de San Felice, en Versalles.

ESCENA PRIMERA.

PEREZ, ANTONIO.

ANT. Con qué eso es cierto, señor Perez?

PER. Cuando yo te lo digo!

ANT. Un mes hace que la señora duquesa de San Felice está de vuelta en Versalles, y nosotros lo ignorábamos.

PER. Acaso se te debia haber consultado...

ANT. Y durante todo este tiempo, continuamente encerrada en su oratorio, no veia ni recibia á nadie?

PER. A nadie mas que á mí...

ANT. Y esta noche renuncia por fin al retiro para dar otra funcion; una fiesta tan brillante como las que daba otras veces.

PER. Sin duda, un baile de máscaras, puesto que estamos en el carnaval... no es este un tiempo de alegria y de locura? no ha escogido la duquesa un dia á propósito, para volver á ver á todos

sus antiguos conocimientos de Paris y de Versalles?

ANT. Todos? Tendremos los mismos convidados?

PER. Casi todos... escepto el señor marques de Sannois muerto en un desafio; pero tendremos en su lugar al famoso duque de Richelieu, joven; en cuanto al caballero Julio de Vaudray, que has visto morir debajo de esa ventana, será reemplazado por su hermano el conde Enrique de Vaudray, en quien cifra sus esperanzas la marina francesa.

ANT. Ya considerareis, señor Perez, que á mí poco me importa saber los nombres de todos los caballeros que han de venir esta noche; pero estoy admirado, admiradísimo de que nuestra buena señora piense ahora en dar bailes.

PER. Admirado!... por qué, pues?

ANT. Por qué?... Habrá una hora, que despues de un mes se decidió por la primera vez á salir de su oratorio... yo la vi... creia que estaba sola, sin embargo de que iba atravesando la galeria que conduce á este salon... pero estaba yo alli... queria ser uno de los primeros á salirla al encuentro; despues, cuando estaba á pocos pasos de ella, me detuve espantado, sin poderlo remediar, al ver su palidez y agitacion... marchaba precipitadamente... arrojaba llamas por los ojos... despues se dejó caer como exánime de fatiga, y murmuró algunas palabras inconexas, de las cuales una sola pude entender, que fue la de venganza!... Qué significa esto, y de que venganza hablaria?

PER. Tú, calla! cállate! yo lo entiendo todo, lo veo todo, y no sé nada... haz lo que yo.

ANT. Teneis razon, señor Perez... oh! no es curiosidad!... pero yo estaba alterado, lloraba de ver á la señora duquesa en este estado... y he aqui por qué he venido á preguntaros; si acaso no estabais equivocado cuando mandabais hacer los preparativos para una fiesta?

PER. Tu obligacion es obedecer y callar... Ah! aqui viene! la estaba esperando... vete.

ANT. Siempre tan triste como poco hace.

PER. Nada de reflexiones... cada uno de nosotros á su puesto... el mio es éste... el tuyo está allá abajo: márchate. (*Echale fuera por el fondo. La duquesa entra al teatro por una puerta lateral, con un vestido de mañana ó negligé, muy oscuro.*)

ESCENA II.

PEREZ, RITA.

(*Perez va muy ligero hácia la duquesa y la besa la mano.*)

RIT. Amigo... eres tú?... En fin llegó el momento... Se ha convidado á todos para el baile no es esto?

PER. A todos.

RIT. No se ha presentado aun el emisario del señor duque de Richelieu?

PER. No, señora...

RIT. Introducirle, luego que venga... quiero hablarle antes de la funcion... Al cabo de un mes solo su amo sabe que estoy en Versalles... Hoy probaré hasta donde llega mi imperio sobre el duque de Richelieu. (*Momento de silencio, se llega Perez y le dice apretándole la mano.*) Y... dime, ha venido el otro?

PER. El señor de Vaudray!... Sí, señora... hoy, como ayer, y como todos los dias desde que he vuelto á poner los pies en esta casa... porque como me conoce un poco no se puede persuadir, á que hubieseis partido para España quedando el viejo Perez en Francia... pero en vano ha intentado arrancarme el secreto y esta mañana, esta mañana aun le he visto aparecer de nuevo mas impaciente, mas suplicante que nunca... se echó á mis pies... si: el caballero á los pies de vuestro fiel servidor, pidiendo como una gracia que le dejase acercarse á vos. Confesaré que, á pesar del odio que le tengo, fuí débil

por algunos instantes... porque me pareció que era bien desgraciado; me dije á mí mismo, que valiera mas atravesar á este hombre el corazon á puñaladas, que no hacerle pasar los infinitos tormentos, con que vos os habeis propuesto martirizarle.... en fin estaba ya próximo à ceder tal vez cuando pensando en vos, en vuestra voluntad, con la que debo cumplir ante todo, le dije: Teneis, señor conde, un billete de convite... esta noche vereis á mi señora... Y le dejé alli para volver á vuestro lado; porque necesitaba estar junto á vos, para dispertar toda mi cólera.

RIT. Vendrá! vá bien! Todo está pronto, buen Perez, no es esto? y ahora... ayer noche me juraste que no te habias olvidado... aquella máscara... donde está?

PER. (*Señalando una puerta á la izquierda del público en el proscenio.*) Allí; en aquel cuarto; pero si me quisieseis creer...

RIT. Oh! toda exortacion es inútil ya... yo lo quiero! (*Perez da un paso hácia el cuarto de la izquierda Antonio entra por el fondo.*)

ESCENA III.

Los mismos, ANTONIO, *despues un emisario de* RICHELIU.

ANT. (*Anunciando.*) Un mensagero del señor duque de Richelieu.

RIT. Que entre... quédate aqui, Perez quédate... pero oigas lo que oigas, no pongas en duda ni por un solo instante el honor ni la altivez de tu ama... mi alma pudo haber sido despedazada, pero nunca envilecida. Para juzgarme bien, espera. (*Entra el mensagero, saluda, y entrega respetuosamente una carta cerrada á la duquesa, que le hace seña de que espere un instante en el fondo*

del salon. Pasando la vista por la carta despues de haber arrojado el sobre.) Ah! qué es lo que he leido? Ten, amigo. (*Dale la carta á Perez, se sienta, y le hace seña de que lea.*)

PER. (*Leyendo.*) "Hace un mes, señora duquesa, que »no he perdonado nada para complaceros, ni mis »oficios, ni mi crédito y favor. No solamente he »conseguido entrar en la gracia de monseñor el »regente, sino que he solicitado para vos lo que »no hubiera hecho jamas para mí mismo. Me pe»disteis que á Enrique de Vaudray se le ascendiese »á capitan de fragata... lo obtuve; despues, que se »le nombrase capitan de navio, y lo obtuve tam»bien..." (*Perez interrumpe la lectura sorprendido.*) Cómo!... sois vos, señora...

RIT. Yo soy la que pretendo para mi enemigo... Ya tú no puedes moderar tu estrañeza. Acuérdate de lo que me has prometido. Ten, espera.

PER. Es muy justo. (*Vuelve á continuar la lectura.*) "Hoy quereis que se le confiera el mando de una »escuadra, y que se le nombre caballero de las ór»denes de S. M. (*Nuevo movimiento de admiracion de Perez. Continua.*) »Señora, habiendo yo obede»cido ciegamente todos vuestros preceptos; no os »habré de merecer que hagais algo por mí? Voy á »dar nuevos pasos con el rey y con el cardenal »ministro. Enrique de Vaudray será gefe de escua»dra, yo os lo prometo: será caballero de las ór»denes del rey, tambien lo aseguro, si os dignais »entregar á mi mensagero, como prenda de la es»peranza, que al fin se me permite concebir, el »anillo que llevais en el dedo." (*Aqui Perez vuelve á interrumpir la lectura, y dice con sonrisa.*) Ah! nada mas que esto... es justo... favor por favor... en la corte de Versalles todo se vende... no se da nada de valde. (*Acabando la carta.*) "A este precio tendreis la plaza y el título de »vuestro protegido, y tres dias despues de su nom»bramiento, la escuadra que va á mandar se hará »á la vela. Espero vuestra contestacion, señora,

»antes de presentar su despacho á la firma de su »eminencia, y despues á la de S. A. R.» (*Volviéndose hácia la duquesa despues de acabada la lectura.*) Vuestra contestacion... sin duda, mi amada señora, será que vais á romper esta carta y enviar los pedazos á S. E.?

RIT. No. (*Hace seña al mensagero para que se acerque.*) Entregareis este anillo al señor duque.. (*Saca un anillo del dedo y se le da al mensagero.— Saluda éste respetuosamente y vase.—Pasmo de Perez.*)

ESCENA IV.

RITA, PEREZ.

PER. Y bien! señora, qué es lo que he de creer ahora?... Esa carta del mariscal, ese anillo?...

RIT. Ese anillo, cuando me le venga á presentar S. E... cuando reclame su víctima...

PER. Y bien!

RIT. Y bien! (*Enseñándole la máscara negra sobre su tocador.*) El efecto de aquella máscara es seguro, no es esto?

PER. (*Colocándose entre ella y el tocador.*) Sí, señora, os lo he dicho, pero... son unos dolores indecibles, á los cuales se sigue la miseria de toda la vida... y yo seria culpable sino tratase de preservaros de ellos, aun á riesgo de enojaros.

RIT. Te pregunto otra vez, si estás bien seguro de tu ciencia, Perez?... Esa preparacion, cuyo secreto me dijiste que te habia comunicado un árabe... puedes responder de que no faltará á la ejecucion de mis proyectos? Qué sus resúltados son prontos, infalibles, y sobre todo irreparables?...

PER. Sí, señora... O mi Dios! mi Dios!.. no estoy sino muy convencido de eso. Yo he visto al hombre que me enseñó este secreto hacer pasar por tan horrendo suplicio á una de sus esclavas... Pobre muger!... ah! vos la hubierais compadecido!... hubieseis pedido, como lo hice yo, gracia por ella...

pero él se hubiera mostrado inflexible, como lo quereis ser vos, señora, con vos misma... entonces su víctima apeló á todo su valor, á toda su resignacion... levantó la cabeza y la presentó á sus verdugos... algunos minutos despues de haberle puesto una máscara preparada de esta manera; el martirio agudo que espetimentó, estremeció todo su cuerpo; pero no le arrancó ni un solo grito de dolor... desplegó bastante fortaleza para sostener ella misma este apósito... para soportar sin queja, ni murmullo alguno el destrozo horrendo de su semblante... Ah! y cómo se habia trasformado!... No la hubiera conocido, si mis ojos la hubiesen perdido de vista un solo instante... todas sus facciones se habian desfigurado y macerado... sus ojos estaban lívidos y amortiguados... aquel rostro tan bello, tan brillante poco antes, rebosando frescura y salud, no presentaba mas que el aspecto de la muerte, pero de una muerte horrenda, espantosa... en este momento habian cesado los dolores físicos de la esclava, y su valor no habia flaqueado ni un solo instante, cuando su amo la presentó un espejo... á esta prueba debia sucumbir toda su energia y fortaleza... Vila retroceder horrorizada, llorar, reir despues alternativamente, pero con una risa espantosa, que daba gran pena el oirla... y desde aquel momento se volvió loca!...

RIT. O cielos!

PER. Si, á la pérdida de su hermosura se siguió la del juicio... tal es, señora, tal es el suplicio que os preparais... para satisfacer vuestros proyectos de venganza... proyectos, que no alcanzo aun... Un hombre os ha ultrajado indignamente, y cuando teneis en vuestra mano todos los medios de perderle rehusais echar mano de ellos.. á este hombre le elevais al colmo de los honores y de la fortuna... y contra vos sola dirigis vuestros golpes, señora!

RIT. Contra mi sola! tal vez.... pero yo me hiero á mi la primera... es preciso, y estoy pronta á sufrir todos esos martirios que me acabas de especificar...

oh! yo no perderé el juicio, puesto que le he podido conservar el dia mismo que me vi insultada pùblicamente en la torre de Koatven... Puede haber por ventura, tormentos que puedan compararse con los que sufrí entonces? esta hermosura que me desvaneció por tanto tiempo, ha causado mi desdicha... á ella debo mi error y mi ultraje, y me quiero castigar destruyéndola para siempre... despues no tendré ya que temer que el noble duque de Richelieu me venga á recordar mi palabra porque no viene á buscar en mi mas que á la mujer jóven y bella, que ama... y no encontrará mas que un espectro semejante al de la esclava, cuyo infortunio acabas de contar... Dame, dame esa máscara.

PER. Ah! vos me haceis estremecer señora... por piedad de vuestro antiguo servidor...

RIT. Perez, aun ayer mismo me juraste por el alma de mi padre, que harias mi voluntad...

PER. Sí; vuestra voluntad, aun cuando me pidieseis mi vida; pero la vuestra... oh! no, no, señora!... Bien pronto, acaso esta noche misma me maldeciriais por haberos obedecido, por no haber sido perjuro... Ah! quien sabe?... esta noche vereis á vuestros pies al conde de Vaudray... y si ahora podeis tener bastante grandeza de alma, bastante generosidad con él para colmarle de beneficios... qué será cuando os pida perdon de los ultrajes, que os ha hecho, cuando os diga que os ama constantemente?

RIT. Ah! tu tienes razon, Perez. Podria creerle aun y á pesar mio... sorprenderme yo á mí misma y amarle... No quiero, no, no quiero, y para precaverme...

PER. Deteneos! ó cielo! que vais á hacer? (*Entra Rita con precipitacion en el cuarto de la izquierda. En este momento se abren las puertas del fondo; se descubren los salones iluminados. Damas y caballeros de mascara con dominós: Enrique está enmedio de un grupo de gentes con su unifor-*

me de oficial de marina. Rita vuelve á entrar inmediatamente en la escena llevando en la mano la máscara que habia ido á tomar al cuarto contiguo : mirala aun con espanto , y titubea en ponersela cuando percibe á Vaudray.)

RIT. (*A Perez que trata de detenerla el brazo.*) Ah! El es ! él es !... Tened , ya desde aqui en adelante estoy al abrigo de su amor ! (*Aplicase la máscara y vase por la derecha , que conduce á su gabinete , en el momento mismo , en que Enrique de Vaudray aparece en el umbral de la puerta del medio.*)

ESCENA V.

PEREZ , ENRIQUE *de* VAUDRAY.

ENR. (*Acercándose á Perez , que sigue con los ojos á su ama.*) Perez... era ella no es verdad ?

PER. (*Volviéndose hacia él.*) Ah ! señor de Vaudray !... (*Aparte.*) Y por él es tan desgraciada !

ENR. Contesta, por tu vida era la duquesa de San Felice ? Tanto tiempo lejos de ella , no habiendo podido lograr que me escuchase una palabra , una sola palabra que me hiciese menos infame á sus ojos no me será permitido al fin hablarla esta noche ? ponerme por última vez frente á ella , lejos del ruido de este festin ?

PER. Señor... esta mañana , al escucharos , tuve la debilidad de olvidar por un momento lo pasado , de perdonar á vuestro dolor la horrenda accion que habiais cometido ; pero despues , en este instante he vuelto á ver á mi señora, la he vuelto á ver en un estado mas deplorable que nunca , y he vuelto á todo el aborrecimiento con que os miro. La vida del pobre Perez estaba enlazada con la de Rita , y habeis acabado á un tiempo con entrambas... Ah!... Dad gracias á mi señora que me mandó respetar vuestros dias... pero he prometido y cumpliré la palabra. (*Vase por la derecha.*)

ESCENA VI.

ENRIQUE *solo.*

Mis dias !... ah ! porque no acabó con ellos en Koatven... en aquel momento, en que Rita rodeada de todos sus enemigos, levantaba la frente para vilipendiarlos, para confundirlos á su vez !... Cuan noble y magnánima no me pareció entonces, despues de haberla ultrajado !.. y cuan miserable y pusilánime no me sentí yo abatido al peso de sus miradas !... Qué favor no me hubiera hecho el que me hubiese librado, dándome la muerte, del odio que tanto habia merecido, del desprecio con que me miraba yo mismo !... (*Mirando á todas las máscaras que se pasean por los salones.*) Un festin !... y es ella, es Rita la que le preside !... Despues de haberse ocultado á los ojos de todos en esta mansion, ha querido volverse á presentar ante ellos, tal vez como era otras veces, la reina de un baile... Qué fin se podrá llevar? Cómo se esplica esta conducta ?.. Ah! La conozco bien; no ha podido echar de la memoria la injuria, que la atormenta... Y cuando todos sus convidados van á celebrar regocijadamente esta noche este último dia de embriaguez y de locura, dos corazones, aislados aqui mismo enmedio del ruido y de la confusion, serán presa de terribles pensamientos, el uno lo sera del odio, el otro de los remordimientos. Ah! la veré á lo menos, la veré... Ya se acerca el momento porque tanto he suspirado... y temo su presencia, al mismo tiempo que la deseo... Sí, por la primera vez de mi vida tengo miedo. (*Aqui todos los convidados se esparecen por el salon: entre ellos estan Durantál y Servigné con dominó y una carta en la mano, buscan con los ojos á Enrique de Vaudray, y se acercan á él.*)

ESCENA VII.

Los mismos, SERVIGNE, DURANTAL. *damas y caballeros.*

SER. Allí está! allí está!... estaba bien seguro de que le habia visto en el baile.

DUR. Sí, señores, él es... es el conde de Vaudray.

ENR. Y bien! qué me quereis?

DUR. Recibid nuestras salutaciones, señor conde... los favores de la corte os vienen á perseguir hasta en el seno de los placeres... Un mensagero del cardenal ministro acaba de presentarse en estos salones.... os busca, pregunta por vos... y mirad... allí está... Plaza, plaza al enviado de su eminencia!

(*Todo el mundo se aparta; se descubre en los salones del fondo al enviado, que desciende lentamente á la escena, y se acerca á Vaudray.*)

ESCENA VIII.

Dichos. RITA, PEREZ, *el mensagero del ministro.*

ENR. (*Asi mismo, y mirando al mensagero con sorpresa.*) De un mes acá, en efecto, este favor singular, increible, que no he solicitado, y que parece que forma empeño en perseguirme, cuando estoy muerto á todo deseo de adelantamiento y de fortuna. (*Aquí el mensagero que está delante de él, le saluda y le entrega un pliego cerrado. Enrique lee rápidamente. Durante este tiempo se ve entrar por la puerta lateral de la izquierda á Rita enmascarada en trage español muy elegante con la cabeza coronada de flores. Parece que sufre y que anda con trabajo; apóyase en el brazo de Perez que está á su lado. Adelántanse entrambos sin ser vistos, hasta llegar á Enrique que ha estado leyendo por lo bajo el papel y esclama.*) Todavia mas! Gefe de escuadra! caballero de las órdenes del rey! Y qué he hecho yo, pues, para merecer repentinamente la proteccion del regen-

te y de su ministro? A quién debo yo todas estas gracias que se me dispensan?

SER. A vuestro mérito, solo, señor conde.

RIT. (*Bajó acercándose á él.*) No: á las peticiones de una muger.

ENR. Ah! esa voz.

RIT. (*Bajó apretándole la mano.*) Silencio!

(*Durantal y Servigné hace notar este movimiento á los otros personages.*)

DUR. Ella és; es la duquesa: ya está descubierto el enigma... por él es por quien ha dado este baile.

SER. Una reconciliacion! mortal dichoso!

(*Reúnense todos en un solo grupo á alguna distancia de Rita y de Enrique y continuan mirando risueños.*

RIT. (*Bajo á Enrique.*) Yo estaba esperando este mensage, y vuestra protectora se habia reservado el honor de poneros al pecho las insignias de esta orden. (*Toma de las manos de Perez el gran cordon de la órden del espiritu santo.*)

ENR. (*Bajó inclinándose para recibir el gran cordon de las manos de la duquesa.*) Es cierto, señora... no, Rita... me perdonais!

RIT. (*Con frialdad.*) Dentro de un instante os daré la la respuesta. (*Pónele el gran cordon en el cuello.*)

DUR. (*Bajó á los que le rodean.*) Al fin, apesar del ultraje que ha recibido, proclama altamente su debilidad, su indulgencia y su amor á nuestro antiguo amigo.

SER. Y es imposible hacerlo con mas gracia, ni mayor galanteria.

(*Rita hace seña á Perez que se retire: este sale por la izquierda.*)

DUR. Caballeros, señoras... ya estamos aqui de mas...

SER. Yo lo creo... y nos llama la orquesta. (*Cada uno de los caballeros ofrece la mano á una señora. Este movimiento y el ruido de la musica han hecho á Enrique volverse con prontitud. Serving-né y Durantal, se inclinan ante èl, como para pedirle que los escuse, despues se retiran lentamente diciendo á los que le rodean.*) Silencio! silencio!

ESCENA IX.

RITA, ENRIQUE.

ENR. Al fin, estamos solos, Rita, y puedo hablaros sin embarazo... puedo decir el gozo inesperado que mi alma esperimenta... no por todos esos favores que acaban de llover sobre mi... ah! y de que me servirian los títulos y las grandezas... si me tuvieseis aborrecimiento?... si no porque estos favores me vienen de vos, sino porque me tendeis una mano protectora, á mi que con tanta impiedad os he tratado. Ah! esa clemencia me abate y me confunde... esa clemencia sale ya de lo humano... y yo creia; si, yo creia hasta hoy, que solo Dios podia perdonar de esa manera.

RIT. (*Con frialdad y señalando á Enrique con el dedo un asiento.*) Tenga el señor conde la bondad de sentarse y de prestarme toda su atencion. (*Enrique la mira; pretende adivinar su pensamiento y se sienta maquinalmente. Rita continua.*) Esta clemencia, en efecto, seria sobrehumana, y decis muy bien, que solo Dios puede perdonar de esta manera... pero yo, yo, yo no soy mas que una pobre muger; no me es permitido alcanzar en la tierra esa perfeccion que se halla solamente en el cielo, y esperimento en el fondo de mi corazon todas las flaquezas, todas las pasiones humanas, asi como, gracias á vos, señor, esperimento tambien todas las miserias. Yo hubiera podido perdonar á mi asesino; con el puñal clavado en mi corazon hubiera podido pedir gracia para él al suspirar; pero jamas perdon, jamas piedad con el que ha convertido para mí todas las horas, todos los instantes en un suplicio eterno: con el que pérfido é hipócrita ha venido á atacar el corazon de una muger con todo lo que hay de mas persuasivo, de mas sagrado sobre la tierra, el amor y la religion; con el que aborreciéndome de lo íntimo de su corazon, ha venido á decirme mil veces: yo te amo; para confundirme despues en presencia de to-

dos con aquellas palabras de yelo: Yo os engañaba, señora, y no queria mas que envileceros y perderos, yo no os amaba, ni os he amado jamas.

ENR. (*Levantándose.*) Ah! Era á mí mismo á quien engañaba... sí, á mí mismo... en ese momento y siempre, cuando creia que no hacia masque burlarme del amor y la pasion que representaba ante vos aquel amor á mi pesar, y al de todos mis esfuerzos iba echando profundas raices en mi alma... y aquella pasion era real, invencible; y hasta en el acto mismo de ultrajaros no la podia apartar de mí... Ausente ó presente estabais aqui siempre, aqui ante mis ojos... Yo debia aborreceros, por lo menos asi lo pensaba: yo pedia á la sombra de mi madre valor para hacerlo... y yo os amaba siempre, yo os amaba mas aun de lo que habia amado á mi madre; y ahora, ahora que os vuelvo á ver, no ya bondadosa é indulgente, como lo esperaba, sino terrible y amenazadora... pues bien! bien! yo os... yo te amo aun, Rita.

RIT. (*Levantándose.*) Ah! me amais aun, señor!

ENR. Y en este amor estriba toda mi vida.

RIT. Toda vuestra vida! Al fin mi venganza es completa, igual á mi dolor... horrorosa para mí misma, pero implacable para con vos. Tomad, señor. (*Saca una carta del pecho.*)

ENR. Qué es esto, pues?

RIT. Ha llegado el tiempo de acabar aquella lectura que Perez habia interrumpido hace dos meses en Koatven.

ENR. La carta de mi madre?

RIT. Leed, señor, leed.

ENR. (*Lee.*) "Un gran secreto pesa sobre mi corazon; »un secreto que os confio á vos sola, Rita. Os he »dicho, que de mis dos hijos era Julio el preferido »en estos últimos años... Hé aqui la razon... Enri»que de Vaudray, su hermano mayor, murió á los »pocos dias de haber nacido." Enrique de Vaudray muerto!... qué significa esto?... Y sin embargo, la letra es suya, es de mi m...

RIT. De la condesa de Vaudray, señor. Continuad.

ENR. (*Leyendo.*) »Un miserable concibió entonces el »proyecto de ocultarme esta muerte, para poner »á su hijo en lugar del que yo acababa de perder, »gozándose anticipadamente en la dicha de la gran »fortuna que le preparaba. Este hombre se llama»ba Pedro Didier, y me avergüenzo de decíroslo, »era uno de nuestros últimos criados...

RIT. Continuad, señor... "De nuestros últimos criados."

ENR. (*Volviendo á leer.*) »Sin embargo, tan cierto es »que el corazon nos engaña, que yo no noté en »aquella criatura cosa alguna, que pudiese descu»brir ni presagiar la bajeza de su origen... en cuan»to á Pedro Didier, le salieron fallidas sus espe»ranzas: el ensalzamiento de su hijo, no fue para »él mas que una amargura prolongada, una ver»güenza continua: aquel, cuyo amor solicitaba, le »tomó aversion, rechazando desdeñosamente todas »las familiaridades que con él se tomaba..." Sí: esto es cierto... me acuerdo muy bien... Pobre Didier!... él padre mio!... »Tanto, que el infeliz, »atormentado, abatido hasta el estremo por los »desprecios de su hijo, murió de desesperacion, »despues de haberme confesado su culpa, puesto »de rodillas, entregándome las pruebas por escrito »del nacimiento de Santiago, que este era el nom»bre de su hijo. Ya comprenderas, Rita, el com»bate que habrá sufrido mi alma! Yo estaba aver»gonzada de la ternura con que miraba á aquel jo»ven, y no podia vencerla: yo le amaba, sin em»bargo, y eso que su presencia me causaba gran »pena..." (*Hablando.*) Oh! desgraciado! Cuán desgraciado soy!

RIT. (*Parece conmoverse por un instante, despues pone la mano sobre su corazon como para afirmarse en su resolucion, y le dice.*) Continuad!

ENR. (*Leyendo.*) »Partiose de nuestro lado de simple »aspirante al servicio de la marina; desde enton»ces no le he vuelto á ver, y hoy que siento á la »muerte acercárseme, no sé, Rita, ni aun me atre-

»vo á discurrir el partido que debo tomar. Tengo »derecho á dejar que recaigan en este hombre to»dos los títulos y bienes de la casa de Vaudray, »instituyéndole por mi heredero, pues con mi po»pobre Julio se han estinguido nuestras dos fa»milias... O puedo revelar una verdad que quitaria »la vida al que he llamado tanto tiempo mi hijo. »Os envio, pues, las pruebas de su nacimiento...

RIT. (*Enseñándole un cofrecito que está sobre su tocádor y sacando de él un papel.*) Ahi estan, señor...

ENR. (*Acabando.*) »Y en esta incertidumbre me pongo »en vuestras manos. Vos, que tantas pruebas me »habeis dado de bondad y de generosidad, supliréis »mis veces y decidireis de su destino, pues yo no »tengo valor para hacerlo. Dejo á vuestro arbitrio »el publicar estas pruebas ó reducirlas á cenizas. »Adios, hija.=Amelia, condesa de Vaudray.''

RIT. (*Acercándose a él, y permaneciendo en pie al lado de su asiento.*) Hoy es el dia en que voy á usar del derecho que la condesa me ha dado. Por mí, Santiago Didier, has sido ensalzado á la cumbre de los honores; por mí te ha venido á buscar el favor del soberano á este festin, enmedio de toda la nobleza de Francia... y por mí vas á ser despojado de este esplendor, de esta grandeza, que no te pertenece; ante toda la nobleza de Francia proclamaré tu verdadero nombre, y descenderás al lugar que te corresponde.

ENR. (*Levantándose con resignacion.*) Ya espero, señora duquesa.. cuando me hicisteis pasar por el tormento de esta lectura, una violenta conmocion se apoderó de todos mis miembros; al saber quien era, y que estaba en vuestra mano el despojarme del nombre honorífico que he llevado hasta el dia, caí en el mayor abatimiento, oprimido del peso de este terrible infortunio; y ahora no sé lo que ha pasado por mí, pero miro con semblante risueño todo cuanto me sucede... Mi abatimiento y vuestra cólera me infunden cierta especie de placer funesto que no puedo esplicar... Sí, en vano me decia,

hasta hoy á mí mismo, que el crimen que habia cometido contra vos era disculpable; en vano invocaba por testigos los restos sagrados de la que yo creia mi madre, del que habia querido con la ternura de un hermano; en vano traia yo á mi memoria que yo habia sido como vos, y aun mas que vos, víctima de la mas atroz impostura, que en el momento en que conocí mi error, castigué al menos al miserable autor de tan negra perfidia; que el marques de Saunois habia muerto á mis manos; en fin; que todas mis culpas podrian acaso haber sido espiadas con mis amarguras y mis remordimientos... estos y otros mil pensamientos no acallaban el grito de mi conciencia... En este momento mismo, como acabo de deciros, me sentia agobiado, confundido, vergonzoso de ver vuestra clemencia, y vos me poneis en paz conmigo mismo... Yo deseo y pido á mi vez, que mi vergüenza se haga pública; mi conciencia entonces no me hará mas cargos, porque el castigo habrá sido mayor aun que la culpa. Llamadlos, señora... aqui espero.

RIT. (*Aparte.*) En qué consiste que titubeo?... aquella tranquilidad, aquella resignacion... yo no creia... Vamos, es preciso! (*Da un paso hacia el fondo. Durante este tiempo se quitó Enrique el gran cordon del pecho.*)

ENR. Tomad, señora, esta orden, este diploma, con que para un instante me habia agraciado vuestro aborrecimiento, tomadlos, volvedlos á tomar, que no me pertenecen... (*Pone el diploma y la banda sobre el tocador de Rita.*) Y hasta la espada que llevo... ah! mi espada, á pesar de haber sido bien ganada... y cuando derramaba mi sangre por la gloria de la patria... cuando llevaba mis valientes marinos al abordage, cuando caia lleno de heridas sobre el puente del buque, gritando: victoria! viva Francia! Qué le importaba entonces al rey, ni á mis compatriotas que yo me llamase Enrique de Vaudray ó Santiago Didier?... El hijo del lacayo

se batia entonces noblemente y obtuvo con gloria sus primeros grados... Pues bien!... Renuncio á estos grados y á esta espada, y nada quiero, no, nada que haya pertenecido á Enrique de Vaudray... (*Arroja la espada.*) pero que se me dé solamente un mosquete, un sable... un vestido de marinero, y podre todavia reconquistar todos esos grados peleando, como otras veces, por el honor de la Francia, hasta el dia en que una bala enemiga venga á poner fin á mi desastrada vida; porque las balas llegan al pechero lo mismo que la noble...

RIT. (*Muy conmovida.*) O cielo! Qué habeis dicho?

ENR. Sí, señora. Desesperado, como estoy, porque asi lo habeis querido, no acabaré mis dias por un suicidio, como el que yo tenia por hermano lo ha hecho... No, yo quiero reparar con una muerte gloriosa los agravios que os hice y la vergüenza de mi nacimiento... tal vez llegará á vos la noticia, y os direis á vos misma, Rita: murió, murió el hombre que me merecia, amándome siempre, no viendo mas que á mí, pensando en mí sola bajo el fuego mismo de los enemigos, y llevándose mi memoria a la tumba.

RIT. O mi Dios! mi Dios! qué es lo que he hecho! Desventurada!

ENR. Llamadlos pues, señora, qué os detiene? No veis que en esperarlos padezco un suplicio mas cruel aun que la muerte?... Titubeais?... pues bien, yo mismo corro... (*Va hácia la puerta del fondo.*)

RIT. (*Corriendo hácia él y deteniéndole.*) Ah! Deteneos, deteneos, Enrique! yo no os habia conocido... y yo! yo he creido leer en mi corazon.. y veo.. sí, veo al fin, que la cólera me habia cegado. Yo aborrecerte... y he podido suponerlo ni por un solo instante... ah! vayan lejos de mí tan espantosos proyectos! no mas odio, no mas venganza... mira, Enrique, el uso que hago del derecho que me ha legado la condesa de Vaudray. (*Quema los papeles á una bujia colocada en el tocador.*)

ENR. (*Echándose á sus pies.*) Ah! tú me amas aun, Rita!

ESCENA X.

Los mismos. ANTONIO.

ANT. (*Anunciando*) El señor duque de Richelieu, acaba de entrar en los salones. (*Vase.*)

RIT. Richelieu! ah! estoy perdida, perdida!

ENR. Cómo! y qué quereis decir con eso?

RIT. Enrique... yo no hay felicidad, no hay amor... Ah! Perez, Perez... maldiga el cielo tu lealtad y tu ciencia!

ENR. Perez. . esplícate...

RIT. Te hablé otras veces en Koatven, de un secreto que sabia para hacer una máscara, cuyo horroroso efecto...

ENR. Sí; me acuerdo... Y bien?

RIT. Pues bien! en mi delirio me he querido condenar á despojarme de la facultad de perdonarte cuando te viese á mis pies, ó á lo menos de la posibilidad de ser amada de ti, si cometia la flaqueza de amarte todavia... He suplicado á Perez que coadyuvase á mis deseos, y hasta se lo he mandado... y esa máscara... hela aqui...

ENR. Enhorabuena, tuyo soy, tuyo por siempre... harto dichoso en enjugar tus lágrimas y en participar de tus dolores, siempre tu amante, tu esposo.

RIT. Jamas! jamas! No aceptaré nunca semejante sacrificio; quédese para mí, para mí sola la desesperacion y la conformidad; y para probarte que no puedo ser tu esposa..,

ESCENA XI.

ENRIQUE, RITA, *despues* PEREZ.

Durante estas últimas palabras aparece Perez en el fondo del teatro. Rita se quita la máscara y Enrique da un grito de alegria viendo que el rostro de Rita no tiene alteracion. Rita sorprendida se vuelve y encuentra á su lado á Perez, que la coge de la mano y la lleva hácia el espejo del tocador: Rita se mira en èl,

parece que duda lo que está viendo, lleva la mano á los ojos como para dispertarlos de algun sueño, y se mira todavia.

PER. Siempre! siempre bella! Mi querida señora, yo os he engañado... perdonadme!

RIT. Ah!... Y el crudo dolor que ahora mismo estaba padeciendo, el fuego que me abrasaba el rostro...

PER. Era preciso, para persuadiros que os habia obedecido... Pero no temais nada, Rita, ningun resultado.. ningun vestigio... Ya os lo he dicho, siempre bella.

ENR. Oh! sí, siempre.

PER. Y bien, señora, me perdonais?

RIT. (*Abrazándole con desmesurada alegria.*) Ah! amigo.. Padre! (*La música del baile va creciendo.— Entrada general.*)

ESCENA XII.

Los mismos. DURANTAL, SERVIGNE, DAMAS y CABALLEROS.

RIT. Señores, bien pronto daré la vuelta á mi quinta de Kervan; pero antes de mi partida os convido á una nueva funcion, á un casamiento.

TODOS. Un casamiento! (*Enrique besa la mano á Rita.*)

DUR. (*Bajo á los que le rodean.*) Un casamiento!... Ahora bien! y el duque de Richelieu, que está esperando allá abajo en el salon pequeño!

PER. (*Bajo á Rita y llevándosela al proscenio.*) Se me olvidaba, señora, que el duque joven me ha encargado que os entregase este anillo, recordandoos...

RIT. Dámele, y tú le entregarás en cambio el diploma y el gran cordon del señor Vaudray.

PER. Sí, señora, voy volando... Vamos, el viejo Perez no ha perdido el dia...

Va á coger el diploma y el gran cordon del tocador de Rita. Despues marcha hácia el fondo del teatro; los caballeros miran con sorpresa llevarse el diploma y el cordon. Rita vuelve al lado de Enrique, le aprieta la mano, y al mismo tiempo hace à Perez, que va à desaparecer, una señal de reconocimiento.

FIN DEL CUARTO Y ULTIMO ACTO.